



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD XOCHIMILCO

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

**EL DESPLAZAMIENTO DE LA SUBJETIVIDAD. SENTIDOS Y
SIGNIFICADOS DE LOS TRABAJADORES DE SANTA FE**

TRABAJO TERMINAL

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:

LICENCIADOS EN PSICOLOGÍA

PRESENTAN:

RUÁN SALAZAR CARLOS ARTURO

ASESORES:

ALBERTO ALEJANDRO MEDINA JIMÉNEZ

LECTORES:

CASTRO RESÉNDIZ CARLOS ARTURO

A la nada

ÍNDICE

Introducción	1
1. Un cerco institucional: desde dónde y por qué escribo	3
2. Entre los espejos de la ciudad	12
2.1. La movilización de la subjetividad	14
2.2. Algunas consideraciones teórico-metodológicas	22
2. Trilce: espacio, lugar y territorio	25
2.1 El espacio desde Lefebvre.	25
2.2. La representación del espacio y el espacio de representación.	34
2.3. Territorio	39
2.4. El lugar.....	41
3. De mi patria y de mí mismo me voy	45
3.1. El sujeto y el espacio	45
4. La ciudad en el sujeto	48
4.1 Mi cuerpo, mi ciudad.....	48
4.2 No tengo filosofía: tengo sentidos.....	50
4.3. Los desplazamientos de la subjetividad	51
4.4. Donde vivo, para mí es tranquilo; para muchos no.	54
4.5. No puedo salir bien, tanto por la vestimenta... en el aspecto de que te pueden decir algo, pueden... no sé	55
4.6. Antes había más árboles. Había luciérnagas. Ahorita ya no	58
4.7. Ese sonido, aunque quieras o no, sí te mueve y lo extrañas	60
4.8. La gente acá más calmada, más mamona; allá más chévere, más chidos, pero también más agresivos	64
4.9. Otro mundo, hermano. O sea, la realidad de las cosas: quién no quisiera vivir aquí en Santa Fe.	67
Conclusiones	70
Referencias.....	75

Introducción

El trabajo aporta un saber desde la vinculación, la interrelación y el contraste de las experiencias espaciales, experiencias que involucran a la subjetividad. Esto permite asir de mejor manera el desplazamiento en el que ésta se ve involucrada al momento de situarse en un ir y venir respecto a uno u otro espacio. El trabajo, sitúa este desplazamiento en dos lugares clave: el lugar de residencia y Santa Fe (lugar de trabajo). Este segundo lugar no es seleccionado de manera arbitraria, sino que responde a lo que en la literatura se concibe como un producto de un desarrollo desigual, de una ciudad más globalizada que prioriza enclaves corporativos y comerciales, enclaves que, asimismo, acentúan las desigualdades. Es así que el objetivo de este trabajo no es identificar cualquier tipo de desplazamiento subjetivo, sino el que está estrechamente relacionado al tránsito entre la desigualdad.

Para lograr este cometido, se recurre a la propuesta de las otras geografías; propuesta que funge como un mirador para percibir esta movilización de sentidos. Asimismo, se precisa el dilema con el que el autor se ha encontrado para elaborar este trabajo. Un dilema que no se inscribe en las dificultades metodológicas, sino más bien epistémicas. Esto es abordado en el capítulo uno: Un cerco institucional: desde dónde y para qué escribo. Me parece que la discusión sobre cómo se hace y hacemos psicología en la UAM-X debe someterse a crítica, a reflexión y, es necesario, al cambio.

El entramado teórico y conceptual, por otra parte, abarca tres partes fundamentales. El primero contextualiza el abordaje teórico de la ciudad, además de connotar el valor del estudio de la subjetividad y su movimiento. El segundo aborda la discusión del espacio y las categorías adyacentes a éste: territorio y lugar. En la tercera parte se aborda principalmente la relación del sujeto y el espacio, así como lo que acaece de esta relación, a saber, la producción de lugar. el sentido de lugar y las experiencias espaciales.

En este primer bloque, el lector o la lectora podrá notar que hay dos apartados titulados de forma similar: La movilización de la subjetividad y Los desplazamientos de la subjetividad. Eso tiene una razón. En el primero se aborda la propuesta de las

otras geografías, expuesta por Alicia Lindón. En cambio, en el segundo, se resalta el doble sentido que entraña el desplazamiento, es decir, no sólo la parte del objeto de estudio (la movilización de subjetividades), sino también la propuesta epistémica que aquí se elabora para hacer psicología en la UAM-X: pasar del estudio de la subjetividad a un estudio de la subjetividad a partir de la personalidad.

El segundo bloque concierne a la discusión de las narrativas de los y las entrevistadas, su análisis y, por supuesto, la exposición de los resultados sintetizados en el apartado de las conclusiones. Del resultado de esta investigación se propone un esquema para poder comprender mejor el proceso dialéctico de este cruce de sentidos, así como la propuesta conceptual de cuatro tipos de lugares: el *lugar cotidiano*, el *lugar de memoria*, el *lugar receptivo* y el *lugar (in)deseado*, éste último como el producto concreto de este proceso.

1. Un cerco institucional: desde dónde y por qué escribo

La crítica no pertenece a un continente sustantivo determinado, sino que puede estar en todas partes y porque sería cuando menos ingenuo creer que porque tales movimientos irrumpieron críticamente en las ciencias, cualquier manifestación que se declare construccionista, o antipositivista, o cualitativista, o democrática, es crítica *per se*. Allí se acabaría la crítica y empezaría la dominación sin fundamento

Maritza Montero (2004, 21)

La razón de este trabajo se comprende en dos sentidos paralelos. El primero, y más tangencial al problema de investigación, se articula desde el poco interés que la psicología ha tenido para abordar la movilización de las subjetividades, así como también desde la denuncia del gran padecimiento que tiene la psicología de la UAM-X; una psicología que, para bien o para mal –según sus partidarios o sus detractores- está subyugada a otras disciplinas, como la sociología o la antropología. Algunos dirán que esto no es así, y que, más bien, se trata de un diálogo interdisciplinario. Nada más equivocado. Es suficiente con ver la poca discusión y apertura bibliográfica que existe en el programa de estudios de la licenciatura.

El psicoanálisis es la base de esta carrera. No obstante, se sustenta por mera tradición y el hermetismo de los propios docentes; no por la crítica ni la autorreflexión que implica el cuestionamiento científico¹. Ya en las áreas de concentración², el

¹ La psicología de la UAM-X dialoga en una caja de eco; y su omisión a la producción de conocimiento desde otras psicologías, si bien no afecta a los académicos de esta institución, sí lo hace a la formación y al pensamiento crítico de sus hoy y futuros estudiantes. Este asunto es de una gravedad estremecedora. El reto disciplinar es doble debido a que en la UAM-X ni siquiera se conoce bien la disciplina ni lo que debiera ser su enfoque característico: la psicología social. Resulta escandaloso que dentro de las aulas no se haya escuchado nunca nombres como Kurt Lewin, uno de los iniciadores de la psicología social.

² En la carrera de psicología de la UAM-X existen dos áreas de concentración: psicología educativa y psicología social. Cada una de ellas comprende tres Unidades de Enseñanza Aprendizaje, o, lo que es en tiempo, tres trimestres. Éstas son impartidas por varios docentes especializados en una u otra líneas de investigación particular, lo que encauza así el desarrollo de las clases y de la

psicoanálisis pierde protagonismo, es desplazado por los intereses de los docentes encargados de asesorar los procesos de titulación. Se puede decir que éstos imponen sus líneas de investigación en los últimos tres módulos. Éstas están orientadas desde miradores distantes a lo que podría uno entender como psicología y, más bien, se evidencian como un objeto abordado desde donde mejor convenga o guste, que, en su mayoría, son los enfoques sociológicos y antropológicos, por ejemplo, la antropología del cuerpo.

Esta orientación no es arbitraria; responde a una postura epistemológica que resalta la crítica a lo que se considera como *psicología positiva*; esto es, a una psicología que sustenta su estudio en el análisis de lo medible, de lo cuantificable, de lo estandarizado, de lo *testeable*. El objeto de estudio sería, en efecto, el sujeto, pero con especial atención en su conducta o, en los mejores casos, en su percepción de los hechos a partir de una exploración de su personalidad. La antítesis de esta psicología es la psicología crítica. Pero, ¿qué es lo crítico?

En el artículo *Relaciones entre psicología social comunitaria, psicología crítica y psicología de la liberación: una respuesta latinoamericana*, Maritza Montero señala que

En psicología la crítica significa someter a análisis las teorías, conceptos y perspectivas aceptadas como explicaciones últimas de los fenómenos psicológicos, develando sus contradicciones, sus lagunas, sus incoherencias y debilidades, así como también sus fortalezas. Y logra su objeto al mostrar los agujeros en la trama teórica o metodológica, la ausencia de fundamentos y la condición argumentativa que puede estar sosteniendo una posición (Lira, 2002). Y al hacerlo genera lo que ha sido llamado un “clima de perturbación” (Stainton Rogers & Stainton Rogers, 1997) que expone al objeto criticado. Razón que altera o molesta (2004: 20)

Esto revela, continúa Montero, otra condición de la crítica: “reconocer y someter a juicio las formas más o menos obvias, más o menos sutiles, en las cuales se ejercen relaciones de poder que suelen excluir explicaciones alternativas o posiciones divergentes”. O bien –y esto es sustancial para mirar hacia el interior de la UAM-X– “los modos en que teorías y prácticas mantienen un statu-quo injusto (Lira, 2002; Prilleltensky & Fox, 1997) [debiendo] señalar de dónde parte y por qué lo hace así;

investigación de los y las alumnas. Los planes de estudio de esta carrera no contemplan, hasta ahora, la impartición de la psicología organizacional ni la psicología clínica.

mostrar sus sesgos y tendencias en lugar de presentar el aspecto defendido como si fuese el único o fuese la norma a seguir” (*ídem*). La crítica epistemológica dentro las aulas de la UAM-X es, en este sentido, hacia afuera, hacia la psicología positiva, pero nunca hacia dentro.³ La “crítica” se vuelve, pues, más que un horizonte lleno de posibilidades, en las anteojeras de un monolito viejo y vetusto.

Pongamos un ejemplo práctico: la aceptación implícita del mito de la horda primitiva, propuesta en *Tótem y Tabú*, de Freud, para correlacionar este supuesto inmediatamente con la operatividad del complejo de Edipo. La propuesta teórica del psicoanálisis, sin duda es rica en contenido, irruptora; pero la sistematización de conocimiento no es necesaria y suficientemente condición de lo que podría denominarse como ciencia. Para relacionarlo con una ciencia que me es afín: las ideas políticas y el pensamiento político son claros sistemas de conocimiento, pero no de producción científica, como sí lo es la ciencia política. ¿Por qué? Por un principio fundamental que se ha erigido desde Karl Popper, pasando después por Thomas Kuhn y Paul Feyerabend, en la filosofía de la ciencia: el principio de falseabilidad; y, agréguese, de mutabilidad (revoluciones científicas). Montero lo señala de la siguiente manera:

Las “verdades” de la ciencia lo son sólo hasta prueba en contrario. Y eso es la crítica: la prueba de que las cosas pueden ser de otra manera, que pueden ser de forma distinta a la reconocida o establecida. La crítica entonces es el haz de luz que enfoca lo que está a oscuras; la compuerta que se abre o se cierra. (*ibíd.*: 21)

Vemos, pues, las propuestas, las alternativas, las divergencias, la crítica legítima; pero nunca aquello que se critica, que se veda, que se rechaza. Y esto no puede engendrar sino más que un conocimiento incompleto de la psicología. La discusión de Adriana Gil (2006) es un ejemplo. Acusa una ceguera propia de la psicología

³ Esto se agrava cuando, como se ha señalado, existe una “crítica”, que más bien se configura como un señalamiento condenatorio hacia “explicaciones alternativas o posiciones divergentes” de la psicología, aunque éstas sea denominada psicología positiva. ¿Cómo criticar algo que no se conoce? Repito: la falta de este saber podrá no ser del docente, pero sí del estudiante. A éste se le inculca una crítica aparentemente legítima, pero que en los hechos no es sino una *verdad práctica*, una verdad dada, sin discusión real del contenido de aquella postura vedada.

positiva sobre la constitución histórica de los sujetos, cuestión que la limita para la comprensión no sólo de éstos, sino también de los procesos psicosociales.

Los métodos actualmente utilizados en la mayor parte de la psicología social, siendo congruentes con el paradigma positivista de ciencia, abordan los procesos psicosociales de forma atemporal, es decir, como hechos, tratando de describir los mecanismos, las tendencias, las características, las correlaciones o las probabilidades de ocurrencia de los fenómenos, sin dar cuenta de sus procesos de constitución, creación y cambio. Así, los procesos psicosociales, han sido tratados por la psicología social como objetos estables en el tiempo, que determinan las conductas de los sujetos y no se ven como la producción de los propios sujetos. (Gil, 2006: 79)

La autora plantea una “necesidad la recuperación de la psicología social como disciplina de la cultura, de la vida cotidiana, depositaria ella, de las necesidades genuinas de la sociedad civil, generadora y constructora de los procesos que estudiamos sin su cualidad, de manera artificial y aislada” (*ídem*). Esto ya supone una discusión, *per se*, del objeto de estudio de la psicología y, particularmente de la psicología social, así como la formalización de la investigación, es decir, si será descriptiva-explicativa (psicología social de índole positivista) o interpretativa-comprensiva (como intenta la psicología comunitaria, de liberación crítica y, en este caso, la psicología de procesos y proyectos que propone Gil).

La psicología de corte positivo, dice la autora, trabajará con “hechos”, que responden a una realidad aparentemente fija y dada, para así generar un conocimiento acumulativo. Esto lleva a la autora a llamar también a esta psicología como psicología social de los hechos. Diferente la psicología social de procesos, la cual enfatiza la comunicación y los “procesos” sociales que entrañan la construcción de sujetos a partir de su interrelación entre éstos y dotando de mayor peso al intercambio simbólico.

El paradigma del proceso es la comunicación, de por sí dinámica e impredecible. Los procesos sociales no tienen una dirección predecible, en términos de que van a dar por consecuencia un resultado o un producto determinado. Las múltiples direcciones que puede tomar un proceso vienen de que un sujeto social es un sujeto en devenir, no es una “cosa” ya hecha que solamente recibe impactos del medio exterior, está dotado de subjetividad, interpreta los símbolos compartidos con otros sujetos intersubjetivamente, les confiere significados, les da sentido y puede optar por transformarlos. [...] en este sentido, todos estos procesos son simbólicos: la interacción, propuesta por la psicología social de los hechos como el efecto de otros en la conducta de un individuo, es sólo una pequeña parte de la comunicación y

vista desde su proceso es algo diferente. La comunicación es un universo de símbolos y significados del que disponen los sujetos para definir una realidad común, no hay un efecto de los otros en uno, sino un intercambio de símbolos, cuyo significado puede cambiar según el sentido y de acuerdo al sentido pueden crearse nuevos significados para un mismo símbolo e incluso nuevos símbolos para los significados que aún no tienen nombre. (*ibíd.*: 82)

La pregunta pertinente sería: ¿por qué se producen ciertos significados y no otros en un mismo contexto? ¿por qué un significado cambia para un sujeto o una comunidad en un momento dado? Por supuesto que el contexto histórico es fundamental para la resolución de estas preguntas, pero ¿por qué en un mismo contexto sociohistórico, los significados son distintos? Uno podría suponer que la explicación podría hallarse en la comprensión del género, de la clase social, de la etnia, de la cultura... pero, ¿acaso no podría influir también la personalidad?

La propuesta de Gil, así como de otros autores que se arman de un repertorio interdisciplinario, recogiendo autores y enfoques sociológicos y antropológicos (incluso politológicos cuando sus categorías comienzan a enfocarse en el poder), es cautivadora; pero responde más a un proyecto que en la ciencia política se ha estructurado desde la prospectiva (análisis de prospectiva y coyuntura), y de donde abrevia también la construcción de escenarios; de ahí su constante referencia a Hugo Zemelman. La psicología de proyectos no se cimienta, y su apertura -incluso ella misma dice que es un proyecto abierto a la posibilidad- no permite identificar el carácter *ad hoc* de la psicología. Con esto quiero decir que valdría lo mismo ser un sociólogo, un antropólogo o un politólogo con interés en el estudio de los procesos simbólicos de los sujetos, en el estudio de las representaciones sociales o análisis del discurso para acercarse a esta propuesta que sigue sin asir su cuestión psicológica.

Tratar de responder a preguntas como las planteadas anteriormente (¿por qué un significado cambia para un sujeto o una comunidad en un momento dado?) plantea una formalización descriptiva-explicativa, pero también, si se agrega el enfoque de procesos, interpretativa-comprensiva. Quedarse en la dicotomía e ignorar el valor del proceso sociohistórico, por un lado, y la existencia de la personalidad, por otro, no hace sino mermar un estudio completo de los procesos psicológicos. Ahora bien,

la diferencia entre sociólogo, antropólogo y politólogo respecto del psicólogo, me parece, recae sustancialmente en el estudio de la personalidad. Ésta, independientemente del contexto sociohistórico, tendrá un mayor peso en la recepción y construcción de símbolos, de ideas, de sentidos y, por ende, moldeará la construcción de la subjetividad. El mundo cambia, pero la personalidad que incorpora al mundo poco lo hará. De ahí, por ejemplo, la constante y similar expresión en las artes de un mundo visto desde la melancolía. Los referentes materiales podrán ser distintos, pero no la carga melancólica.

Es curioso que la personalidad sea aquí el nodo articulador de los fenómenos psicosociales que propongo como el estudio propio de la psicología, mientras que, para otros autores, como Ian Parker, la teoría de la personalidad fue rechazada o de poco agrado. O aún más inquietante: el desarrollo de un trabajo autoetnográfico en el mundo de la psicología emprendido a partir de la propia experiencia de este autor –idea que me parece bastante original, y por la cual, he de confesar, sentí una enorme empatía por sus motivos⁴- muestra que son los antecedentes críticos cercanos al marxismo lo que llevan a Parker a cuestionar y desentenderse de la psicología positiva. ¡Paradoja! Son mis antecedentes politológicos (con gran simpatía con la lectura marxista) lo que me han llevado a desentenderme de la “psicología crítica” de la UAM-X, que no es más que una visión hermética y dogmática de ésta; así como de la increíble inexistencia de un núcleo psicológico dentro de la investigación, dejando a esta disciplina ser devorada por otras.

Los relatos de la autoetnografía de Parker llevan al autor, dice Moreno (2020: 374) a su *salida de la psicología*. Y en efecto. Este interés por rebasar las fronteras de la disciplina no sólo ha sido de Parker, sino de muchos otros autores, como Ignacio Martín-Baró, fundador de la psicología de la liberación, y que han motivado una salida de la disciplina. Esto conlleva ciertos riesgos que hay que señalar. Exigir y normativizar un quehacer científico puede rápidamente –como ha ocurrido-

⁴ El trabajo de Parker lleva por título *Psychology through critical auto-ethnography*. Desafortunadamente no he tenido la oportunidad de leerlo y sólo sé de él y su contenido gracias a la reseña de Manuel Alejandro Moreno Camacho (2020), trabajo que me fue proporcionado por el profesor Carlos Arturo Castro Reséndiz, lector de esta investigación y que sólo conozco por nombre.

desentenderse con el objetivo propio de la disciplina, resultando en un quehacer de todo tipo menos de carácter psicológico; o peor aún, promover una desorientación, una confusión de no saber bien a bien cuál es el elemento psicológico del estudio.

Recuerdo, por ejemplo, una pregunta que le realicé a mi profesora de metodología: Si la etnografía es una técnica de investigación que bien puede ser usada por antropólogos o sociólogos, ¿cuál sería la diferencia en el manejo de la información obtenida a partir de esa técnica por un psicólogo social? En otras palabras, ¿en qué se diferencia el manejo e interpretación de esos datos llevados a cabo por un psicólogo social de un antropólogo? Las preguntas no tuvieron respuesta, y es que hay un claro sesgo con el objeto de estudio. No existe diferencia porque no se trabaja con literatura de la psicología social; se trabaja con temáticas, tales como: *afectividades, emociones, identidad, experiencias y percepciones*, todas englobadas en la categoría de subjetividad; pero esas líneas temáticas pueden ser abordadas, y de hecho lo son en las investigaciones de esta carrera, con literatura de antropología y sociología.

Otro problema que abona a esta confusión es que la investigación en la carrera de psicología de la UAM-X no se rige por la pregunta de investigación, sino por el método. El método condiciona el enfoque y la pregunta; cuando debería ser al revés.

*

Lo que hasta ahora aquí he expresado no es trivial, puesto que, haciendo alusión a Donna Haraway, toda investigación es situada⁵, y quien aquí escribe, está situado en esta jaula de saberes viciados. Hay que decirlo. De no hacerlo, la omisión sería una falta gravísima: me mentiría a mí y te mentiría a ti. Prefiero, pues, la transparencia y no la simulación. Este trabajo o, mejor dicho, el enfoque de este trabajo, ha sido motivado, en primer lugar, por la exigencia institucional de la

⁵ “Para Haraway no siempre es posible sostener un punto de vista epistemológico privilegiado, siempre conocemos desde una perspectiva y posición” (Sabido Ramos, 2022: 117)

universidad de hacer ver a la psicología -propuesta por la UAM-X- como el estudio de la subjetividad. En este sentido, todo interés del estudiante de psicología se ve coartado, mutilado e incluso vilipendiado, sino tiene como objeto el estudio a la subjetividad. En segundo lugar, dado que no hay otra opción a discutir, y al hacer uso de la poca agencia que el estudiante logra conservar, se emprende un periodo de negociación con el o la docente encargada de asesorarlo. Esta negociación consiste en encontrar la “pertinencia” del proyecto de investigación –lo cual es comprensible-; pero también la *simpatía* del tema. Es decir, no sólo basta que el tema del proyecto sea viable, pertinente, sino que también sea del agrado del asesor o la asesora.

Llegamos así a la movilización de las subjetividades. Un tema que cumple el primer requisito: hablar de, en efecto, subjetividad. Ahora, respecto a las experiencias espaciales, si bien para gran parte de la geografía, como señala Alicia Lindón, pueden ser simples relatos anecdóticos “banales e irrelevantes”; para las geografías de la vida cotidiana “encierran un enorme contenido porque muestran [...] que ‘un instante repetido [...] tiene una significación más importante que la de un simple hito en el transcurso del tiempo y de fenómenos cíclicos’ ([Hägerstrand], 2000: 110)”. (Lindón, 2016: 357). La relevancia, notamos aquí, está puesta desde las otras geografías que predisponen una mirada geográfica desde la persona, el sujeto. La inclinación hacia la subjetividad es evidente.

El giro hacia la subjetividad abreva –quizá- de la herencia foucaultiana. El trabajo sobre el sujeto y la subjetividad fue el eje de la obra de Michel Foucault; y su relevancia y peso en los años posteriores a 1960 no sólo penetró en la discusión de las humanidades sino también de las ciencias sociales. Se puede decir –con entusiasmo o no- que este autor abrió un campo de estudio común para varias disciplinas; o yendo aún más lejos, y partiendo de los mismos dispositivos de poder que él criticó, que a partir de la obra de Foucault se instituyó en gran parte de la academia una nueva forma de saber y, al mismo tiempo, un *Zeitgeist*⁶. Por supuesto

⁶ Término propuesto por Hegel para designar lo que sería el espíritu de una época. Puede entenderse como “una forma de vida, ideas, posición espiritual de una época” (Gil Villegas cit. en Lindón, 2016: 358).

que para esto no sólo se necesita la nueva idea y el portador de ésta, sino también los predicadores, los idólatras... los exegetas.

Como sea, el estudio de la subjetividad, las miradas y las formas diferenciadas de ser, sentir y hacer, importan en tanto que son éstas las que dan sentido a una forma de vivir y el lugar donde ésta se reproduce y transforma. La diferencia, aquí, tiene un valor importante, puesto que el producto de la subjetividad repercute, también, en la espacialidad. “Una misma comarca es diferente para el nómada que para el sedentario” (Dardel cit. en Lindón, 2016: 359). Los lugares son lugares en tanto el sentido que el sujeto les da. La *terrae cognitae*, como expresó David Lowenthal, geógrafo e historiador, es un mundo percibido y vivido, es decir, de experiencia; “es el territorio que se conoce por ‘experiencia’, y a esto [Lowenthal] lo denomina ‘geografía personal’” (Lindón, 2016: 361).

Se podrá notar, recuperando la discusión anterior, que, esta investigación no procura llevar a práctica la propuesta de ver a la personalidad como el nodo articulador de los fenómenos psicosociales, y que, contradicción aún mayor, pese a criticar la subordinación de la psicología social a otras disciplinas, no tenga más remedio que subordinar este trabajo no a la sociología o la antropología como tal, sino a las *otras geografías*. Esto se debe a dos razones: la primera, el mismo enfoque institucional lo impone; y, segundo, mi inexperiencia y falta de preparación en lo que concierne a la teoría de la personalidad, esto debido a que ni la Universidad imparte esta materia, taller o seminario, ni porque nunca llegué a dimensionar el valor y el peso de esta perspectiva sino hasta ya muy tarde.

Dejemos, pues, estas inquietudes epistemológicas y situemos ahora al sujeto en la ciudad. Dicho de otra forma, volvamos al cerco.

2. Entre los espejos de la ciudad

Una ciudad como la de hoy imprime necesariamente formas que cada sujeto interiorizará, sentirá y pensará de forma distinta. Ahora bien, los enclaves comerciales llegan a implicar, en su proceso de construcción la expulsión de un tipo de población. En el caso de Santa Fe fueron los pepenadores y algunas familias del pueblo aledaño que lleva el mismo nombre; sin embargo, en el proceso de trabajo de obra y después de la conclusión de ésta, las corporaciones necesitan fuerza de trabajo: albañiles y obreros en la etapa de construcción; y empleados que operen la atención y la venta de los productos y servicios ahí brindados cuando la obra ha sido abierta al público consumidor. En este sentido, los enclaves de este tipo si bien imponen murallas, abren sus puertas en tanto que necesitan al *otro* para dotarlos de la fuerza de trabajo necesaria para garantizar el flujo de capital.

De este modo se puede decir que el acceso a residir en el enclave está vedado para la gran mayoría (adquirir el estatus de residente o habitante requiere un capital económico demasiado elevado), mientras que el acceso a otras zonas de éste, como los centros comerciales y los corporativos, está permitido a través de dos formas posibles: 1) mediante la visita por ocio, incluso sólo cuando se va a *ver* y no a consumir, o 2) mediante la condición de trabajador o trabajadora asalariada de las empresas que ahí se ubican.

Los no residentes, o visitantes y trabajadores, tienen una condición particular que comparten en común: habitan un lugar que no es el lugar de visita o de trabajo. Esta cualidad es obvia; pero lo que importa resaltar de ésta es que estos sujetos son intermediarios de dos lugares disímiles (marcados por la impronta de la desigualdad), tanto por su infraestructura como por el *tipo* de gente que los habita y transita. Esta diferencia mediada es lo que nos permitirá profundizar en la creación de sentidos de lugar en la que tiene un papel fundamental la movilización de subjetividades.

Ahora, hay razones para preguntarse lo que en algún momento la sociología de la vida cotidiana también se preguntó: “¿es necesario conocer lo que pasa por la cabeza de las personas?” (*ibíd.*: 367); en este caso: ¿es relevante conocer lo que

pasa por la experiencia de las personas que comparten su vida en dos espacios distintos? ¿Es relevante investigar los sentidos que estas personas le dan a esos dos espacios?

Como señala Lindón, dentro del horizonte analítico de lo urbano se subraya “la continua expansión del tejido urbano en el territorio, con la consecuente movilidad espacial cotidiana exacerbada, y [...] todo lo relacionado con las conexiones entre lugares y las personas dentro de dicho territorio” (2020: 15). Esta expansión lleva consigo una fragmentación urbana, estigmatizaciones territoriales, “guetizaciones” y creación de lugares diferenciados que acarrearán la expresión de la desigualdad. Esta fragmentación, sin embargo, no está segmentada del todo. El tránsito y el desplazamiento de un lugar a otro es posible. Esto permite una relación diversa (de clases) entre personas y lugares. Y en este sentido, “la relación entre las personas y los lugares interesa en términos experienciales (es decir, de lo vivido) (Seamon, 2007; Lindón, 2019), y no tanto desde las perspectivas de la movilidad espacial en sí misma” (*ibíd.*: 15-16). Se apela, pues, a la experiencia espacial más que a la movilidad espacial de los sujetos.

Siguiendo lo anterior, la aproximación a Santa Fe tiene como fin develar las experiencias y sentidos que tienen (y desplazan) los sujetos respecto a los dos lugares principales en los que viven cotidianamente, a saber: el lugar de trabajo y su lugar de residencia⁷, teniendo como escenarios dos lugares marcados por la desigualdad. Esta propuesta, hasta dónde se ha podido constatar en la literatura, es novedosa en la psicología (social); incluso podría decirse que desconocida. Las otras geografías adquieren mayor protagonismo en el estudio de éste tipo de relación entre sujetos y espacio; pero, a fin de cuentas, es un estudio que parte de una mirada no psicológica. Aunque hay que reconocer que su esfuerzo apunta a la interdisciplina y al diálogo constante entre técnicas de investigación de las ciencias sociales.⁸ La investigación, por lo tanto, apuntala el interés por abordar la

⁷ Se había mencionado que el acceso a Santa Fe podía ser tanto del visitante ocioso como del trabajador; sin embargo, por cuestiones metodológicas que abordaremos después me concentraré en los trabajadores de esta zona corporativa y comercial.

⁸ Véase por ejemplo el esfuerzo de Albert Damangeon para escribir sobre la relación entre geografía y psicología (Lindón, 2016: 363)

construcción de sentidos que los sujetos tienen sobre dos lugares relevantes, y que son estos sentidos (propios de cada lugar) los que al mismo tiempo influyen entre sí para darse mutuamente sentido.

Podemos preguntarnos entonces ¿qué sentidos y significados espaciales movilizan las y los trabajadores de Santa Fe de este lugar a su lugar de residencia, y viceversa? ¿Cuáles son los sentidos de lugar que estas personas desplazan de este a otro lugar? ¿Cuáles son las experiencias espaciales de ellas respecto a estos lugares? Estas preguntas matizan las siguientes líneas del trabajo. De este modo, para lograr su respuesta tendría que emprender el esfuerzo que la discusión teórica implica, tales como espacio, lugar y territorio.

Identificar los sentidos y los significados espaciales que los y las trabajadoras del centro comercial de Santa Fe movilizan de su lugar de residencia a su zona de trabajo, y viceversa; así como distinguir las experiencias espaciales de su lugar de residencia y la zona comercial de Santa Fe, son objetivos que no podrían comprenderse sin la discusión espacial. y sin una adecuada aproximación al campo.

2.1. La movilización de la subjetividad

La Ciudad, como espacio, adquiere su significancia en tanto que es un contenedor de relaciones, pero, al mismo tiempo, producto de éstas. La ciudad no es, pues, un ente espacial dado. Se construye tanto material como simbólicamente. En ella habitan estructuras que permiten y promueven la vida, un tipo de vida. La ciudad, en tanto es habitada, es una expresión histórica; y las relaciones de los sujetos entre sí, y con ella, inevitablemente, también lo son. La ciudad nunca ha sido la misma. No es la perenne infraestructura de grandes rascacielos que la dotan de sentido, ni el ajetreado tránsito, ni las inmensas avenidas pobladas de comercios y oficinas. No son su gente, trajeada y vagabunda; no es la desigualdad ni el contraste *per se* con su reflejo distante: el campo.

La ciudad es objeto de las fuerzas que la preceden y la habitan. En su entramado yacen las fuerzas productivas, como comprendería Henri Lefebvre (2013), para dotarla de un sentido concreto: la producción. Una producción, sin embargo, que no se cierra sólo en su ámbito económico, sino también en el político y el ideológico (Castells cit. en Lezama, 2013); o aún más, en la producción de sentidos, o lo que podría denominarse también como la construcción socio-simbólica de los lugares, como se esfuerza en enfatizar Alicia Lindón (2006) desde las *otras geografías*.

La ciudad, pues, debe ser entendida como espacio, como territorio, como lugar (lugar de lugares)⁹ que está a merced, sí, de un sistema de producción, pero también de una esfera de interrelaciones. Siguiendo la definición de espacio de Doreen Massey: el espacio existe en tanto que hay relaciones; es producto de ellas. Estas relaciones, dice la autora, implican la existencia de una multiplicidad y, por tanto, una diversidad y una diferencia de éstas. “La espacialidad en sí es una de las dimensiones de la construcción de la diferencia” (Massey, 2005: 108). Y este espacio, asimismo, debe ser considerado como un “proceso en devenir, nunca como un sistema cerrado” (*ídem*).

Ciudades en cambio, en transformación, en mutación; o como dice el texto de María Moreno Carranco: *geografías en construcción*. Construcción trastocada, hoy en día, por el interés privado de las grandes corporaciones; por la emergencia corporativa de los *megaproyectos* y la influencia de la globalización. Construcción de espacios dedicados al consumo, a la vida privada y de “primer mundo”; murallas que resguardan al capital y “el desarrollo”; inmuebles exclusivos y zonas residenciales. Todo proyecto que “fragmenta y desarticula” a la ciudad en su totalidad. De aquí que en la literatura los megaproyectos sean articulados mediante conceptos como la *ciudad astillada*, el *espacio chatarra*, los *no lugares* o la *ciudad genérica* (Moreno Carranco, 2015: 198).

⁹ La diferencia conceptual tratará de ser aclarada en un capítulo posterior. La comprensión de espacio en este apartado es más flexible y ambigua, pasando de usar, a veces, lugar y espacio como algo similar. Más adelante se verán sus grandes diferencias abordadas en la literatura hasta ahora existente.

Los megaproyectos urbanos, entendidos como “proyectos de gran escala que transforman profundamente el paisaje en un tiempo corto”, y en el que existe una “inversión pública y privada junto con estrategias de internacionalización que requieren la aplicación coordinada de poder y capital del Estado” (*ibíd.*: 32), tienen un efecto, también, de “negar la ciudad, con el fin de conformar enclaves de espacios cerrados, vigilados y prístinos donde el ideal moderno de lo público es remplazado por una ‘privatopía’ controlada, segregada y privatizada” (*ibíd.*: 33). Gellert y Lynch (cit. en *ibíd.*: 34) hacen notar también un desplazamiento de poblaciones humanas y no humanas (plantas y animales) en la construcción y *vida* de estos megaproyectos.

La existencia de estos lugares, de estos enclaves dentro de la ciudad, influyen en la dinámica misma de ésta y las relaciones de los sujetos que la habitan, más concretamente, en sus prácticas. La simple existencia de algo *otro*, diferente, ya es suficiente para hacer pensar al sujeto en su posición y su diferencia: Yo, el que habito un lugar y no otro, percibo que ese otro lugar es distinto en tanto que no es igual al mío y es habitado por gente distinta a mí. Un tipo de *pareo*, de contraste que se incorpora en la producción de sentidos, de identidad y de afectividad de los sujetos que atraviesan los espacios. Porque, en efecto, como afirma Richard Sennett (cit. en Sánchez Carballo et al., 2020: 5), “la experiencia urbana incluye numerosas referencias cruzadas entre fenómenos desconcertantes”, lo que, asimismo, “genera relatos, interpretaciones, historias, representaciones, relaciones específicas que tienen como referente el espacio de la ciudad” (Sánchez Carballo et. al., 2020: 5).

De esta forma, “la ciudad es representada como un espacio de expresión [y producción, agregaríamos] de la afectividad colectiva, la memoria y el apego, lugar sensible y escenario de lucha de clases (Lefebvre, 1978)”. Por otro lado, los megaproyectos generan exclusión y, al mismo tiempo, inclusión (*ibíd.*: 8). Podemos pensar que la exclusión es interna y la inclusión externa. Se excluye al local, pero se incluye lo global. Pensemos en Santa Fe, proyecto que comenzó a gestionarse en las oficinas del gobierno del entonces Distrito Federal.

Santa Fe es con certeza uno de los espacios más excluyentes de la ciudad y es el lugar simbólico del México globalizado. Los complejos residenciales están bardeados, los espacios públicos son mantenidos por corporaciones multinacionales y la asociación vecinal se encargó de administrar el área de 2004 a 2013. (Moreno Carranco, *op. cit.*: 37).

La metrópoli fragmentada, “caracterizada por una suburbanización en todas las direcciones sin un control aparente, que tiene como consecuencia ‘que la estructura territorial tenga un marcado acento de estratificación social [...]’ (Duhau y Giglia, 2008: p.77)” (Sanchez Carballo, *op. cit.*: 9), dice Sánchez Carballo, no permite relaciones completas... que, siguiendo a Lezama, “no permite la interacción con personalidades completas, sino con seres fragmentados, con hombres desempeñando funciones que no pueden ser útiles para los otros” (cit. en *ídem*).

La segregación espacial, caracterizada por la desigualdad social, es incentivada por una ciudad que funge como “capital financiera y comercial”, esto debido a la liberalización del mercado en un contexto globalizado y que se materializa en la “inversión en enclaves residenciales y de negocios ubicados cerca o dentro de áreas de pobreza”. Así, los recursos de capital privado y trasnacional se concentran en espacios específicos dejando, como dice Moreno, al resto del tejido social en decadencia. (Moreno Carranco, *op. cit.*: 49).

Regresemos al caso de Santa Fe. Este megaproyecto, por ejemplo, al ser planeado en lo que fue un inmenso basurero, implicó el desplazamiento de una pequeña comunidad de pepenadores y, paralelamente, el desplazamiento de pobladores cercanos, particularmente del Pueblo de Santa Fe:

Los sucesos de desplazamiento y expropiación en Santa Fe se podrían describir como momentos de crisis en varios sentidos. En primer lugar, y de manera más obvia, trastocaron claramente la vida cotidiana de barrios enteros que obstruían el curso proyectado de desarrollo urbano en el área, en ocasiones recurriendo a métodos brutales. Tras la destrucción masiva, a veces de casas enteras, a veces hasta de la mitad de ellas, las familias se vieron forzadas a acomodarse a las nuevas realidades, migrar a zonas distantes, construir nuevas moradas o ajustarse a nuevos modos de habitar que tenían. (Shoshan, 2015: 28).

Santa Fe, como enclave económico, constituye este nuevo tipo de geografías “de agudo contraste social” y que son características de “la ciudad dual, un término [propuesto por Castells] que se refiere a la existencia de grupos muy divergentes”,

como las élites profesionales de trabajo especializados y bien remunerados; a la vez que acaece la pérdida de empleos en manufactura, y que, siguiendo a Moreno, “lleva a la creación de trabajos mal pagados y de poca seguridad social, principalmente en el sector de servicios” (Moreno Carranco, *op.cit.*: 49).

Esto último es de una relevancia sustancial: el encuentro de grupos divergentes, o, más críticamente, de clases en este mundo dual y de flujos. La ciudad al estar situada en este contexto, en la “comprensión del espacio-tiempo” y en la desaparición de la noción de la distancia (Castells, cit en Moreno Carranco, 2015: 14; Vidal Moranta & Pol Urrútia, 2005: 285), sitúa de forma distinta al sujeto. De aquí que ciertas observaciones, como las de Vidal y Pol Urrutia, objeten por “trata de precisar la forma en que las personas se relacionan con los lugares –movilidad y cosmopolitismo o inmovilidad y localismo-, las cuales devienen una expresión importante de la estratificación social (Allow, 1997; Bauman, 2001; Castells, 1997; Sorkin, 2004)” (*ídem*).

La precisión que señalan alguno de estos autores es pertinente y parte, creo suponer, de una influencia del estructuralismo sociológico, donde las estructuras estructurantes adquieren un peso desmedido sobre el sujeto que las incorpora, aparentemente de forma pasiva. La aportación de Moreno, por ejemplo, va en este sentido. Lo que ella trata de hacer es investigar los megaproyectos como “sitios negociados en los que las personas de diferentes sectores de la sociedad, a través de prácticas y lugares existentes, se apropian de manera activa, compiten, influncian y determinan estos proyectos y, al hacerlo, desafían las teorías de lo global” (Moreno Carranco, *op. cit.*: 34), como lo es el “modelo de impacto” que propone Gillian Hart (*ibíd.*:28)

Esta aportación es valiosa, sin embargo, adolece de un enfoque que mire hacia lo subjetivo. La autora expone prácticas que irrumpen el espacio de Santa Fe, como la venta informal y el juego de futbol entre trabajadores de construcción en sus tiempos de descanso; pero no se aproxima a su discurso, a la *cadena de significantes* que cada uno de estos sujetos podrían tener y producir en la interacción con estos espacios corporativos. No lo hace porque no es su intención.

Sin embargo, es relevante la posición desde la que observa las prácticas de esas personas que llegan a Santa Fe, ya sea por trabajo de obra, de oficina o de venta informal, señalando que “las personas que intencionalmente son excluidas de esta parte de la ciudad día con día reclaman y se apropian del espacio público, aun cuando en apariencia se encuentran en ‘el lugar equivocado’” (*ibíd.*: 37).

Parte de este enfoque se debe a la influencia de Lefebvre y todavía más de Michel de Certeau. Sobre este último, retoma su postura en la que refuta “la aseveración de la existencia de un dominio total sobre la gente común”; señalando, además, que sus “tácticas”, “sus procedimientos polimorfos, rebeldes, truculentos y tercos” se presentan como más fuertes que la visión panóptica de Foucault” (*ibíd.*: 42).

Con Lefebvre, en cambio, puntualiza recordar que el espacio es producto de una construcción colectiva de significados; y que

muchos análisis de la globalización aún se basan en suposiciones geográficas atemporales que consideran el espacio como un contenedor de relaciones sociales fijas, estáticas y predestinadas a pesar del esfuerzo de la geografía humana por cambiar estas suposiciones. (*ídem*).

Esto último permite hilvanar la discusión a una perspectiva que mejor se aproxime al problema de investigación: la geografía, o, mejor dicho, *las otras geografías*. No podemos pensar estas últimas sino gracias a la pugna de Alicia Lindón por abrir a aquella disciplina. Se trata de mirar la espacialidad de la vida cotidiana; de pensar, sí, en la relación espacio/sociedad, pero con herramientas de diversas ciencias sociales que permitan asir y comprender mejor las prácticas de la vida cotidiana, prácticas que necesariamente necesitan de una espacialidad para existir y que, de no considerarse, dice la autora, el estudio quedaría subordinado a una sociología de la vida cotidiana (Lindón, 2006: 427).

El estudio de las prácticas cotidianas, dice Lindón, “implica también darle centralidad al sujeto, a la persona que las realiza” (*ídem*). Esto ya marca, en sí, una gran diferencia, puesto que, como se ha visto, en la ciudad los flujos no sólo son de información, de capital, de tecnología, sino también de personas. Moverse es una práctica común en las grandes ciudades. *Moverse* entendido como *desplazarse*. Ir de aquí a allá; ya sea en un tiempo corto o prolongado. O, aún más interesante:

desplazarse y desplazar. El sujeto no sólo se desplaza corporalmente, sino que también moviliza todo un cúmulo de experiencias, de sensibilidades, de sentidos; todo un repertorio subjetivo que lo hace ver, sentir y responder de una manera particular frente a ese lugar al que ha llegado.

Explorar el movimiento en el tiempo, “el movimiento de las prácticas en términos espaciales”, el “desplazamiento de los sentidos”; conocer las “experiencias espaciales” que son constituidas por dichas prácticas (*ibíd.*: 427-428). Esta propuesta de las otras geografías, sin duda, es más útil para aproximarnos hacia lo subjetivo del sujeto.

Como hemos venido -bien o mal- hablando de la ciudad y del sujeto que la habita, tenemos que considerar este desplazamiento. Las personas transitan, se mueven de un lugar a otro, ya sea por motivos de recreación o, por algo más vital, la necesidad de trabajo. Así podemos pensar en los sujetos que, de su lugar de origen, de su hogar, se desplazan para ir a su lugar de trabajo. De las periferias al centro, de las colonias y barrios a las zonas, como Santa Fe, de corporativos y grandes plazas comerciales. Como señala Lindón, la espacialidad de lo cotidiano ha sido estudiado desde miradas como la de Trabajo/Residencia y la de Espacios públicos/Espacios privados; aunque, matiza la autora, éstos trabajos están pensados desde un tipo de “espacialidad dividida” (*ibíd.*: 428-429). Una mirada más compleja y completa sería tener en cuenta “que el sujeto en su cotidianidad [conecta] estos espacios [diferenciados], llevando elementos de uno a otro o viceversa y, en consecuencia, no resultan tan independientes unos de otros” (*ibíd.*: 430). Este es el punto nodal que permite comprender la otra parte del desplazamiento: la movilidad de sentidos y significados; “todo lo que la persona moviliza en dicho desplazamiento en términos de sentidos”; “ideas y esquemas de pensamiento” (*ibíd.*: 431); en términos más concretos: aproximarnos a lo que Lindón llama la movilización de subjetividades.

Ahora bien, la subjetividad es un elemento de interés tanto de la sociología y de la antropología, así como de una propuesta particular de la psicología, concretamente, de la propuesta impulsada por la UAM-X. Estas tres disciplinas descuidan, por otro

lado, el valor del espacio; cosa que, al menos como apunta Lindón, no hacen las otras geografías. En el caso de la psicología social, por otro lado, esta tiene por objeto “la comprensión del comportamiento humano, en este caso, desde el eje que va (y vuelve) del individuo a la sociedad (y viceversa)” (Vidal Moranta & Pol Urrútia, 2005: 285). Por otro lado, una rama de ésta, la psicología ambiental, toma a consideración la interacción social, pero pone mayor énfasis en el entorno (sociofísico) (*ibíd.*: 286).

La psicología ambiental parece ser, así, el mirador disciplinar más adecuado. No obstante, la relación entre personas y espacios suele estar delimitada en conceptos compartidos con otras disciplinas, como son la dependencia del lugar, la identidad del lugar, el sentido del lugar, la satisfacción residencial, satisfacción y sentido de comunidad; identidad y asentamiento; identidad urbana; identidad social urbana; espacio social simbólico urbano y apropiación del espacio (véase *ídem*). La objeción que me parece pertinente y que ya se ha mencionado, es que éstos conceptos trabajan desde una concepción de un sujeto *plantado*; es decir, que no vive el desplazamiento como una forma cotidiana de vida; y mucho menos el *pareo*, el contraste de ese repertorio subjetivo que el sujeto lleva consigo en esos desplazamientos.

Analizar, pues, la movilización de subjetividades implica un reto disciplinar. Exige rebasarlas en tanto que éstas, por sí solas, son insuficientes para dar cuenta de este desplazamiento. Abrir la psicología ambiental a la subjetividad y conjugar su alcance con las otras geografías. Este es el reto para comprender al sujeto que se mueve y con él su sentido de lugar (de lugares) entre la ciudad astillada en el que se sitúa. El sentido del hogar-los lugares de paso-el enclave, y viceversa.

2.2. Algunas consideraciones teórico-metodológicas

La investigación, por otro lado, se sustenta desde una metodología de carácter cualitativo, esto con el fin de comprender sentidos de lugar, las experiencias y las movilizaciones de subjetividades que las personas tienen entre la zona comercial de Santa Fe y su lugar de residencia. Este tipo de investigación, como dice Creswell (cit. en Vasilachis de Gialdino et al., 2006: 24) “es un proceso interpretativo de indagación basado en distintas tradiciones metodológicas –la biografía, la fenomenología, la teoría fundamental de datos, la etnografía y el estudio de casos- que examina un problema humano o social”; pero también, en el sentido que Mason (cit. en *ibíd.*: 25) señala, este enfoque se interesa en “las formas en las que el mundo social es interpretado, comprendido, experimentado y producido”.

Una visión más adecuada -o propia para estos fines- es la de Marshall y Rossman: “la investigación cualitativa es pragmática, interpretativa y está asentada en la experiencia de las personas”, asimismo, supone “la inmersión en la vida cotidiana de la situación seleccionada para el estudio”; “la valoración y el intento por descubrir la perspectiva de los participantes sobre sus propios mundos” (cit. en *ibíd.*: 26).

Por otro lado, la aproximación metodológica intenta recuperar el matiz horizontal que enfatiza la proposición latina *Nihil de nobis, sine nobis* (nada sobre nosotros, sin nosotros). Se introduce así el principio de las metodologías horizontales: “incluir la voz del que se habla en lo que se dice sobre él” (Corona Berkin, 2017: 70). Esto se materializa no sólo con la aplicación de entrevistas, sino a partir de un diálogo y una charla constante con los y las colaboradoras que nos brindan en su palabra su experiencia vivida.

La propuesta metodológica, por otra parte, se complementa con un recurso teórico metodológico de las geografías, que aspiran a la comprensión de la construcción socio-simbólica de los lugares. Profundizar en las experiencias espaciales de uno y otro lugar a razón de identificar la construcción de “pares de lugares”. Dice Lindón:

Los lugares se construyen con vestiduras singulares bajo el entendido de que esas singularidades son combinaciones (no únicas) de rasgos presentes en distintos

lugares, que son movilizados por las personas a partir de sus experiencias (Lindón, 2006, *op. cit.*: 432).

Se trata de *dibujar* un tipo particular de escenario, éste entendido desde las geografías de la vida cotidiana como un recorte espacial definidos a partir de las prácticas del sujeto (y no desde el sentido tradicional de los límites físicos).¹⁰ El escenario, dice la autora, “es el espacio de un conjunto de prácticas móviles y concertadas por distintos sujetos y un marco en el que toman sentido” (*ibíd.*: 431).

El diálogo con estas prácticas y los sentidos que se desplazan con ellas pueden llegar a expresarse en lo que Lindón llama *hologramas socio-territoriales o espaciales*, y que son fragmentos de narrativas que dan cuenta de circunstancias ricas en contenido por “condensar claves socio-culturales empleadas en la construcción del sentido del lugar” (*ibíd.*: 431). De este modo, las narrativas se convierten en un elemento que ayuda a recuperar el diálogo entre el sujeto, su cotidianidad y su desplazamiento entre su lugar de residencia y, para esta investigación, de Santa Fe.

Ahora bien. Apelar a las narrativas que aquí ayudarían a enarbolar el sentido de la investigación, son, entre otras, las que apelan a la memoria

Los cuerpos, tanto su “estar ahí”, como el relato de su experiencia, contribuyen a la significación de los *lugares* de memoria y su conversión en espacios públicos, constituyentes de las topografías de sentido de nuestro presente urbano [...] Son receptores y a la vez productores de espacio, depositarios de memoria (del dolo, de límite) pero también dispositivo de experiencia y narración (Huffschmid, 2013: 113)

La aportación de Huffschmid sobre la memoria de lo que se vive y vivió en el espacio es valiosa, y lo es más cuando considera la historia afectiva con éste a partir del cuerpo: “es el que percibe la materialidad del espacio, es el que concibe las leyes y los mecanismos del espacio y es el que experimenta y significa la experiencia efectiva” (*ibíd.*: 113-114). Reconsidera y revalora su papel al creer que éste “recuerda de otro modo”.

¹⁰ Es interesante que, siguiendo esta postura, Lindón señala que, al ser las prácticas del sujeto los elementos que crean los escenarios, éstos no existen con anterioridad a estas mismas prácticas. (Lindón, 2006, *op. cit.*: 432).

Para el desarrollo de esta investigación se utilizó, pues, la entrevista a personas que acudieran a Santa Fe. Aquí se empleó un criterio importante en la selección: la condición de trabajador. No se buscó a colaboradores que viviesen en la zona residencial de Santa Fe, sino que tuviesen el desplazamiento como una condición necesaria de un punto *x* a un punto *y* (Santa Fe), siendo éste último el lugar que representa el enclave de las corporaciones y del consumo, parte de lo que arriba se denominó como ciudad astillada.

Las entrevistas se realizaron a 15 personas trabajadoras. Entre ellas el tipo de trabajo desempeñado, si bien puede ubicarse en la venta, éste se diferencia por dos circunstancias fundamentales: 1) el trabajo informal y el trabajo formal¹¹; y 2) la implicación de la fuerza de trabajo con la que se realiza la transformación y venta de la mercancía.¹² Los trabajadores informales fueron 7, mientras que los y las formales fueron 8. También se realizó un diario de campo con el cual se intentó rescatar la dinámica de lo que se considera en la psicología social como el espacio hodológico, un concepto propuesto por primera vez por Kurt Lewin.

Es importante resaltar que el trabajo con los trabajadores informales implicó un esfuerzo mayor. En ellos se encontró una mayor resistencia que en todos los demás casos (excepto en dos). De los 7 trabajadores informales sólo dos permitieron grabar la entrevista; por lo que el material de archivo de audio quedó reducido a 10 entrevistas.

¹¹ Para efectos de practicidad, uno podría decir que la gran diferencia entre los trabajadores formales e informales es que “los últimos realizan sus labores en condiciones no reguladas y desprotegidas”; sin embargo esta proposición ha sido ampliamente debatida, por ejemplo por Tokman y Roubaud (véase Cota Yáñez y Navarro Alvarado, 2016; Ovando Aldana, Rivera Rojo y Salgado Vega, 2021).

¹² Ambos tipos de trabajador se concentran en vender un producto (a veces un servicio); sin embargo, los trabajadores informales -en su mayoría- preparan y venden el producto; es decir, a partir de la compra de las materias primas implican directamente su fuerza de trabajo para la transformación de éstas y, así, obtener la mercancía. El ejemplo es la comida, los helados, las papas fritas, etc. De este grupo, no obstante, existen otros que no transforman absolutamente nada, y su actividad se reduce a la compra y reventa de productos, en su mayoría ya industrializados, de las grandes empresas y marcas trasnacionales. Ejemplo de estos productos son los cigarrillos, dulces, refrescos, etc. Los otros trabajadores formales entrevistados fueron vendedores de tiendas departamentales; sólo una persona, Karla, no sólo atendía y vendía lentes en una optometría, sino que también realizaba alguna consulta o arreglaba lentes.

2. Trilce: espacio, lugar y territorio

Hay un lugar que yo me sé
en este mundo, nada menos,
adonde nunca llegaremos.

Donde, aun si nuestro pie
llegase a dar por un instante
será, en verdad, como no estarse.

Es ese sitio que se ve
a cada rato en esta vida,
andando, andando de uno en fila.

Más acá de mí mismo y de
mi par de yemas, lo he entrevisto
siempre lejos de los destinos.

Ya podéis iros a pie
o a puro sentimiento en pelo,
que a él no arriban ni los sellos.

[...]

Tal es el lugar que yo me sé.

El poema es César Vallejo y se intitula *Trilce*. El fragmento me parece adecuado para introducirnos a la discusión de *ese sitio que se ve/ a cada rato en esta vida/ andando, andando de uno en fila*: el espacio. Este concepto que, involuntariamente, se ubica por el lenguaje codo a codo con otros que abrevan de su sentido: el lugar y el territorio.

2.1 El espacio desde Lefebvre.

El espacio pese a estar siempre presente poco es atendido en la cotidianidad, acaso alguien observador podrá dar un momento a éste y pensar sobre su historia y su existencia, pero yo, de un pesimismo fatal, creo que estas reflexiones no son el común. Se piensa, sí, pero desde un recinto universitario, por algún intelectual o alguna audaz investigadora. Así, la discusión del espacio ha ponderado en la investigación y la reflexión epistemológica.

Su mención, así, ha quedado limitada a la *res extensa* y la *res cogitans* (herencia cartesiana), que dan por sentado la existencia de un sujeto abstracto (*cogito*) y el espacio mental (cognoscible) que contiene la producción cognitiva. Esta relación que supone una transición en las obras de gran parte de filósofos y cientista sociales del espacio mental al espacio social produce un vacío; un vacío que, puede intuirse, es la discusión propia del espacio, concepto que ha sido franqueado por este

supuesto mental. Este señalamiento ha sido desarrollado más finamente en las primeras páginas de *La producción del espacio*, de Henri Lefebvre.

Esta crítica no dispensa a Julia Kristeva y su *semiotiké* (σημειωτική), Jacques Derrida y su *gramatología*, ni Roland Barthes y su semiología general. En esta escuela cada vez más dogmática (el éxito ayuda), se comete corrientemente este sofisma fundamental por lo cual el espacio de origen filosófico-epistemológico se fetichiza y lo mental envuelve la esfera social con la física. Si algunos de esos autores sospechan la existencia o exigencia de una mediación, la mayoría saltan decididamente de lo mental a lo social. (Lefebvre, 2013: 67).

La crítica está, pues, en ese espacio mental que deviene en una práctica teórica ajena de la práctica social (*ídem*). La propuesta, en cambio, está en ver al espacio (un espacio que unifique los fragmentos conceptuales que la diversidad del conocimiento ha producido y que, aislados, no permiten comprender la dinámica del mismo, es decir: el espacio lógico-epistemológico, el espacio de la práctica social y el espacio ocupado por los fenómenos sensibles) como un producto. Esta concepción desafía el esquema “según el cual el espacio vacío preexiste a aquello que lo ocupa” (*ibíd.*: 76). Esta aproximación a una teoría unitaria del espacio parte de preguntarse:

¿El lenguaje (lógica, epistemológica, genéticamente hablando), precede, acompaña o sigue al espacio social? ¿Se trata de una condición del espacio social o es una formulación? Las tesis de la prioridad del lenguaje no terminan de imponerse. *Las actividades que marcan el suelo, que dejan su impronta en él, que organizan los gestos y trabajos en común, ¿no tendrían acaso prioridad (lógica, epistemológica) sobre los lenguajes muy regulados y articulados?* Quizá sea preciso descubrir relaciones aún veladas entre el lenguaje y el espacio, la lógica inherente a la articulación que opera desde el principio como espacialidad capaz de reducir el orden cualitativo que se da en un modo caótico a la percepción de las cosas (lo práctico-sensorial). (*ibíd.*: 77).¹³

Lefebvre se aproxima, así, a una noción básica: la existencia de un *código espacial*. Por lo que inmediatamente se pregunta:

¹³ En cuanto a esta discusión vale la pena anotar lo que en páginas posteriores Lefebvre escribe: “De un lado, tenemos la filosofía del tiempo, de la duración, dispersa en reflexiones y valorizaciones parciales: el tiempo histórico, el tiempo social, el tiempo psíquico, etc. De otro lado, tenemos la reflexión epistemológica que construye su espacio abstracto y medita sobre los espacios abstractos (lógico-matemáticos). La mayor parte de los autores, si no todos, se instala muy confortablemente en el espacio mental (por consiguiente, en el espacio neokantiano o neocartesiano), demostrando de ese modo que *la ‘práctica teórica’ no es más que la reflexión egocéntrica del intelectual occidental especializado -y que muy pronto puede no ser nada más que una conciencia esquizoide, enteramente disociada*” (*ibíd.*: 84). Las cursivas son mías.

¿En qué medida se lee y *codifica* un espacio? No hay una respuesta inmediata satisfactoria para esta cuestión. En efecto, aunque las nociones de mensaje, código, información, etc., no permitan seguir la génesis del espacio [...], un espacio producido se descifra y se lee. Conlleva un proceso de significación. (*ídem*).

Pero no confundamos aquí la comprensión del espacio por parte de Lefebvre al signo. El espacio para este autor no se reduce a la significación. Es una parte importante, pero no sustancial. La sustancia del espacio está en el trabajo, en la producción, en las fuerzas productivas que transforman la naturaleza. De aquí que Lefebvre hable de un espacio-naturaleza y un espacio-social, donde el segundo devora al primero: “El espacio-naturaleza desaparece irreversiblemente. Ciertamente el espacio natural fue y sigue siendo en parte el punto común de partida, el origen y el modelo original del proceso social, quizá la base de toda ‘originalidad’”. La desaparición no es total, su presencia es aún, como dice el autor, “el fondo del cuadro”. Se ofrece así la complicidad de una paradoja: “¿Quién no desea protegerla, salvarla? ¿Quién no anhela reencontrar la autenticidad del mundo? ¿Quién pretende destruirla? Nadie, y sin embargo todo parece conspirar en su perjuicio” (*ibíd.*: 90). Estas observaciones de Lefebvre sobre el espacio natural es sin duda una excepcionalidad en toda la literatura, y lo es, sin duda, debido a su perspectiva materialista. Pocos autores que reflexionan sobre estos temas -Ortega y Gasset, por ejemplo- han logrado mencionar este catastrófico detrimento de lo natural en pro de la producción.

¿Qué es la naturaleza? ¿Cómo captarla antes de la intervención, antes de la presencia humana con sus útiles devastadores? Mito poderoso, la naturaleza torna en mera ficción, en utopía negativa: es considerada meramente como la materia prima sobre la que operan las fuerzas productivas de las diferentes sociedades para forjar su espacio. Resistente, sin duda, e infinita en su profundidad, la naturaleza ha sido sin embargo vencida y ahora espera su evacuación y destrucción. (*ibíd.*: 90).¹⁴

¿Qué es el espacio social para Lefebvre? Es tanto un producto como un medio de producción. Y no podría estar menos equivocado. Cada modo de producción implica medios y fuerzas de producción determinados. El espacio, en este sentido, es el medio fundamental que articula toda actividad de trabajo y, por ende, de producción.

¹⁴ Más adelante también diría: “la historicidad rompió definitivamente la naturalidad, instaurando sobre sus ruinas el espacio de la acumulación (de todas las riquezas y recursos: conocimientos, técnicas, dinero, objetos preciosos, obras de arte y símbolos)” (*ibíd.*: 107).

Por ello Lefebvre puede decir sin problemas que “cada sociedad [...] produce un espacio, su espacio” (*ídem*). Ahora bien, la actividad de producción implica, necesariamente, un tipo de relación, o, más bien, tipos de relaciones.

Esta comprensión del espacio es algo poco común, que poco se ha mantenido en la literatura actual. La producción es lo que da origen al espacio social que “es el espacio de la sociedad, de la vida social”. De esta forma, Lefebvre arremete contra las posturas que exacerban al lenguaje como elemento fundador de la sociedad: “el hombre no vive únicamente por la palabra; cada «sujeto» se sitúa en un espacio donde se reconoce o se pierde, un espacio para disfrutar o modificar” (*ibíd.*: 93).

La actividad productora tiene así un valor incomparable, incluso frente a las tesis de las prohibiciones (como el incesto propuesto por Claude Lévi-Strauss y por el mismo psicoanálisis).¹⁵

La comprensión del espacio social puede, así, asirse desde tres conceptos fundamentales: la práctica espacial, la representación del espacio y el espacio de representación. La primera “postula y supone” el espacio en una “interacción dialéctica”; es decir, “lo produce lenta y serenamente dominándolo y apropiándose de él”. La práctica espacial de una sociedad, dice Lefebvre, “se descubre al descifrar su espacio”. La *percepción* del espacio aquí tiene un papel fundamental. La práctica espacial se despliega a partir de la percepción de la realidad percibida y la realidad urbana (como rutas de trabajo o lugares de ocio). (*ibíd.*: 97)

Las representaciones del espacio, por otro lado, tienen que ver con el espacio *concebido*. Es decir, cómo proyectamos al espacio, lo visualizamos e, incluso, lo

¹⁵ Sobre el lenguaje y las tesis de las prohibiciones, Lefebvre dice lo siguiente: “La preexistencia de un espacio objetivo, neutro y vacío se asume sin otra consideración y sólo el espacio de la palabra (y la escritura) es considerado como algo que debe ser generado. Se observará que tales presunciones no pueden convertirse en la base de una explicación correcta de la práctica socio-espacial; más bien, corresponden a una sociedad imaginaria, a un modelo o tipo ideal que esta ideología anhela y que arbitrariamente identifica con todas las sociedades «reales». No obstante, la existencia en el espacio de la verticalidad fálica (que tiene una larga historia pero que tiende a acentuarse hoy día) exige una interpretación. Lo mismo puede decirse a propósito del hecho general de que muros, recintos y fachadas definen simultáneamente una escena (donde cualquier acontecimiento tiene lugar) y un área obscena donde transcurre todo aquello que no puede ni debe hacerse en la escena: lo inadmisibles, lo maléfico o lo prohibido tiene su espacio oculto a un lado u otro de una frontera. Toda explicación en términos psicoanalíticos, remitiéndose al inconsciente, acaba en un reduccionismo y en un dogmatismo del todo punto insoportables”. (*ibíd.*: 95).

planificamos. Esto es muy común en lo que concierne al ámbito científico, urbanístico, el tecnocrático, al campo de la ingeniería, o del arte. Aquí el espacio es fragmentado y utilizado para un fin estético o productivo. “Es el espacio dominante en cualquier sociedad (o modo de producción)”, dice Lefebvre. (*ibíd.*: 97)

El espacio de representación es el que se construye a partir de lo material, para después elevarse a lo ideal (“recubre el espacio físico utilizando simbólicamente sus objetos”). Es el espacio “vivido a través de las imágenes y los símbolos que lo acompañan”. Aquí la imaginación desea modificar y tomar al espacio creando sistemas de símbolos y signos no verbales. (*ibíd.*: 98).

Se habla así de lo percibido, lo concebido y lo vivido, que, en términos espaciales, Lefebvre concibe como práctica del espacio, representaciones del espacio y espacios de representación. (*ibíd.*: 99). Las representaciones del espacio, como se ha dicho, al estar relacionadas con un ámbito de conocimiento especializado, estarían también “penetradas de un saber (una mezcla de conocimiento e ideología) siempre relativo y en curso de transformación”. (*ibíd.*: 100).

Los espacios de representación, vividos más que concebidos, en cambio, “no se someten jamás a las reglas de la coherencia, ni tampoco a las de la cohesión”.

Penetrados por el imaginario y el simbolismo, la historia constituye su fuente, la historia de cada pueblo y la de cada individuo perteneciente a éste. Los etnólogos, antropólogos y psicoanalistas, lo sepan o no, estudian esos espacios de representación, pero olvidan muy a menudo confrontarlos con las representaciones del espacio con que coexisten, concuerdan o interfieren; aún más, desatienden la práctica social. Esos expertos reconocen con facilidad todos aquellos aspectos que les interesan: recuerdos de infancia, sueños, imágenes y símbolos uterinos (agujeros, pasillos, laberintos). El espacio de representación se vive, se habla; tiene un núcleo o centro afectivo: el Ego, el lecho, el dormitorio, la vivienda o la casa; o la plaza, la iglesia, el cementerio. Contiene los lugares de la pasión y de la acción, los de las situaciones vividas y, por consiguiente, implica inmediatamente al tiempo. De ese modo es posible asignarle diferentes calificaciones: puede ser direccional, situacional o relacional en la medida en que es esencialmente cualitativo, fluido y dinámico. (*ídem*).

Las representaciones del espacio por otra parte poseen un alcance práctico, que modifican las “texturas espaciales, impregnadas de conocimientos e ideologías”. Las representaciones del espacio impactan e influyen, así, en la producción del espacio mediante la construcción, es decir, por la arquitectura - ¿albañilería? -, ésta

no concebida sólo como la edificación de un inmueble aislado sino “en calidad de un proyecto insertado en un contexto espacial y en una textura, lo que exige «representaciones» que no se pierdan en el simbolismo o en el imaginario” (*ibíd.*: 101).

Los espacios de representación, en cambio, dice Lefebvre, no serían productivos, sino tan sólo obras simbólicas; a menudo únicas; y que en ocasiones “determinan una dirección estética y, después de cierto tiempo, se consumen tras haber suscitado una serie de expresiones e incursiones en el imaginario”. (*ídem*).

Como se ha dicho anteriormente, cada modo de producción produce su propio espacio. De este modo, un nuevo espacio se produce “durante la transición de un modo de producción a otro” (*ibíd.*: 105). Esto implica necesariamente un cambio, una transición, un *acondicionamiento*. El espacio en este sentido, para Lefebvre, también es contingente.

Pero hay algo más que se impuesta en el espacio, más allá de la concepción y la vida del sujeto; esto es, a partir de la dominación, los sujetos de poder, las instituciones y, posteriormente, el Estado. Este sujeto que, con fuerza, autoridad y ley, se apropia del espacio social y lo encauza a una forma de ser que obliga a los demás habitantes a incorporarse a un estado de cosas ya dado.

aquellos que hacían el espacio (campesinos y artesanos) no eran los mismo que lo gestionaban, sirviéndose de él para organizar la producción y reproducción sociales, a saber, los sacerdotes, los guerreros, los escribas y los príncipes; eran éstos los que poseían el espacio que otros producían, apropiándose de él y de su usufructo. (*ibíd.*: 107).

Emergen así fractales del espacio, centros de poder y periferias: “el espacio dominante, el de los centros de riqueza y de poder, se esfuerza en moldear los espacios dominados -de las periferias- y mediante el uso de acciones a menudo violentas reduce los obstáculos y todas las resistencias que encuentra” (*ibíd.*: 108). En los tiempos modernos, es decir, en un contexto donde emerge el capitalismo y el Estado, y, por ende, la ciudad como sitio de producción, se constituye un espacio de poder particular. En éste nuevo espacio el sujeto principal, el Estado y su

despliegue¹⁶, o, como diría Lefebvre, el pseudo-sujeto aparente, impersonal, es el ser abstracto del espacio social moderno (*ibíd.*: 109).

Esta nueva relación Estado-espacio implicaría posteriormente “el silencio de los usuarios” (*ibíd.*: 109), silencio que no es entendido sino como la pasividad del sujeto respecto a su medio. Esto sin duda es una postura rígida e impositiva del ejercicio del poder; lo cual, el mismo autor no desatienda, dado que reconoce que en este espacio abstracto se albergan contradicciones, y, por ende, se permite la posibilidad de las oposiciones que llevarían a este espacio hacia su fin. En este sentido, la reproducción de las relaciones sociales de producción implicaría una disolución de las viejas relaciones y la generación de otras nuevas.

De tal modo que el espacio abstracto, a pesar de su negatividad (o más bien precisamente en razón de esa negatividad) engendra un nuevo espacio que portará el nombre de «espacio diferencial». La razón por la cual podemos llamarlo así estriba en que el espacio abstracto tiende hacia la homogeneidad, reduce las diferencias o particularidades existentes mientras que el nuevo espacio no puede surgir (o producirse) sino acentuando las diferencias. (*ibíd.*: 110).

Esta contradicción puede rastrearse desde el mismo hecho en que el sujeto y el espacio interactúan, desde la práctica espacial, la representación espacial y la construcción de los espacios de representación. La pre-existencia de un espacio condiciona “la presencia del actor, la acción y su discurso, la competencia y el comportamiento”. En otras palabras, el espacio sujeta al sujeto; pero, no obstante, la acción y el discurso de este sujeto niegan, al mismo tiempo que suponen, dicha pre-existencia espacial. Dice Lefebvre:

la experiencia del espacio es la experiencia de un obstáculo, la de una objetividad resistente, a veces implacablemente dura — como en el caso de los muros de hormigón— de tal manera que, a la dificultad para transformarla de algún modo, por escaso que sea, se añade una sobreabundancia de reglamentaciones draconianas que impiden plantearse siquiera su modificación. En consecuencia, una textura del espacio no da lugar sólo a actos sociales sin lugar y sin vínculo con ella, sino a una práctica espacial determinada por ella: a un uso colectivo e individual. Esto es, a una secuencia de actos que no se reducen a una práctica significativa, aunque la encarnen. (*ibíd.*: 115).

¹⁶ “Este espacio abstracto se apoya sobre las vastas redes bancarias, comerciales e industriales (las grandes unidades de producción). Pero asimismo sobre el espacio de las autopistas, aeropuertos, redes de información, etc. En este espacio, la ciudad -en su día cuna de la acumulación, lugar de la riqueza, sujeto histórico y centro del espacio histórico- se ha desintegrado” (*ibíd.*: 111).

Ahora bien, como se dijo hace algunas páginas, el espacio social para este autor es producto y medio de producción. ¿Qué se entiende aquí como producto, como producción? Ingenuamente se dice: el espacio se produce; y parece que esta acepción se reduce, hoy en día, a una producción simbólica, lingüística, de sentido. Nada más equivocado. La producción para un materialista como Lefebvre carga una complejidad más grande. De este modo, la empresa que realiza para definir esta producción lo lleva a confrontar la abstracción propuesta incluso por el mismo Marx.

La producción en sentido marxista trasciende la oposición filosófica del «sujeto» y del «objeto» así como las relaciones construidas por los filósofos a partir de esta separación. La racionalidad inmanente a la producción consiste en disponer una serie de actos sucesivos en vistas a un cierto «objetivo» (el objeto a producir). Temporal y espacialmente compone un orden de operaciones encadenadas cuyos resultados coexisten. Desde el principio de la actividad orientada hacia tal objetivo, los elementos espaciales (los cuerpos, los miembros, los ojos) se ponen en movimiento, incluyendo materias (piedras, madera, huesos, cuero, etc.) e instrumentales (útiles, armas, lenguas, requerimientos y prioridades). Mediante la actividad intelectual se establecen las relaciones de orden —esto es, de simultaneidad y de sincronía— entre los elementos de la acción materialmente emprendida. (*ibíd.*: 128).

El espacio (social) no es una cosa entre las cosas, un producto cualquiera entre los productos, sentencia Lefebvre. El espacio social, “más bien envuelve a las cosas producidas y comprende sus relaciones en su coexistencia y simultaneidad: en su orden y/o desorden (relativos). En tanto que resultado de una secuencia y de un conjunto de operaciones, no puede reducirse a la condición de simple objeto”. Al ser efecto de acciones pasadas, el espacio social, continúa el autor, “permite que tengan lugar determinadas acciones, sugiere unas y prohíbe otras” (*ibíd.*: 129). Entre estas acciones unas son productivas y otras de consumo (el disfrute de los productos). Lo que quiere decir que el espacio social “implica múltiples conocimientos” (*ídem*) y que, asimismo, contiene objetos muy diversos (naturales y sociales), “incluyendo redes y ramificaciones que facilitan el intercambio de artículos e informaciones”. Se evidencia, pues, que éste no se reduce ni a los objetos que contiene ni a su mera sumatoria, ya que “esos «objetos» no son únicamente cosas sino también relaciones”: “el trabajo social los transforma y los sitúa en otra configuración espacio-temporal, incluso cuando no afecta a su materialidad ni a su

estado natural (como en el caso de una isla, un golfo, un río o una montaña, etc.)” (*ibíd.*: 134).

El excelente ejemplo que Lefebvre utiliza es el de la Toscana de inicios del siglo XIII. Aquí explica cómo la oligarquía urbana -comerciantes y burgueses- comenzó a transformar los señoríos feudales, los latifundios, en su mayoría productos de las herencias o por la adquisición mediante un sistema de colonias aparceras. La transformación comenzó con la introducción de una dinámica de lo que hoy sería el salario: “El colono o aparcerero recibía su parte de lo producido de tal modo que, en él, más que en el siervo o en el esclavo, anidaba un interés en producir”. El objetivo de esta burguesía urbana consistió en proveer a los habitantes de la ciudad, invertir en la agricultura y suministrar al mercado cereales, lanas, pieles, todo lo que quedase bajo su zona de producción. La burguesía transformó así el país y el paisaje de acuerdo a un plan preconcebido basado en su modelo de producción y su deseo de ganancia. Las *poderi*, que eran las casas de los aparceros comenzaron a agruparse alrededor del palacio donde residía el propietario. ¡Y aquí surgía un ejemplo magnífico de la transformación del espacio, del uso material de la naturaleza para dotarlo de una representación, de un símbolo!:

Entre los *poderi* y el palacio, filas de cipreses se alineaban a ambos lados del camino. ¿Qué simboliza el ciprés? La propiedad, la inmortalidad, la perpetuidad. Y esos cipreses se inscribían en el paisaje dotándolo al mismo tiempo de sentido y profundidad. Los árboles y las sendas se recortaban, dividían las tierras y las organizaban. En el paisaje, esta disposición evocaba las leyes de la perspectiva, cuya realización más lograda se plasma en la plaza urbana, entre las arquitecturas que la ciñen. La ciudad y el campo — su relación— vinieron así a engendrar un espacio que los pintores de la escuela de Siena, la primera de las italianas, iban a identificar, formular y desarrollar. (*ibíd.*: 134-135).

Excelente ejemplo que bien podría haber sido indagado y explicado por el mismo Perry Anderson. Y su conclusión respecto a este episodio de la historia no deja de ser menos brillante:

En la Toscana y en otros lugares durante esta época (en Francia) no hubo solamente producción material y, en consecuencia, aparición de formas sociales o incluso producción social de realidades materiales. Las nuevas formas sociales no son «inscritas» en el espacio preexistente. El espacio producido no fue ni rural ni urbano, sino resultado de su novedosa relación espacial [...] El resultado fue un incremento de la riqueza, un mayor plusproducto, y esto tenía un efecto retroactivo sobre las condiciones iniciales. El lujo, la construcción de palacios y monumentos

permitieron a los artistas y, en primer lugar, a los pintores, expresar a su manera lo que sucedía, hacer ver lo que ellos discernían. Estos artistas descubrieron y teorizaron la perspectiva en la medida en que un espacio en perspectiva yacía ante ellos; es decir, en la medida en que ese espacio había sido ya producido. La obra y el producto no se distinguen aquí sino en función del análisis retrospectivo. Una separación absoluta, una ruptura, equivaldría a destruir el movimiento generador o más bien lo que nos queda: su concepto. El crecimiento descrito y el desarrollo solidario no tuvo lugar sin múltiples conflictos, sin luchas de clase (entre aristócratas y burgueses en ascenso, entre el «populo minuto» y el «populo grosso», en las ciudades, entre las gentes de la ciudad y los campesinos, etc.). (*ibíd.*: 135).

2.2. La representación del espacio y el espacio de representación.

Como bien expresa Lefebvre, el espacio es un producto de las relaciones sociales de producción; y, asimismo, contiene objetos y contiene relaciones. Éstas pueden estar ligadas en un inicio a la producción, pero también pueden estar ligadas al consumo, el ocio, etc. Esta perspectiva puede bien ser compatible con la perspectiva de Doreen Massey, que también comprende al espacio como el producto de interrelaciones. (Massey, 2005: 104). Sin embargo, lo característico de Massey se encuentra en su énfasis sobre la diversidad.

Ya Lefebvre comentaba que la ruptura del espacio-naturaleza y el espacio social implicaba la introducción de nuevas ideas: “en primer lugar la de una diversidad, una multitud de espacios completamente distinta de la multitud que resulta de la fragmentación y el recorte del espacio *ad infinitum*” (*op. cit.*: 87). Pero la fractura y la diversidad de la que habla Massey adquiere otro sentido; uno, tal vez, menos material¹⁷. Se trata de la coexistencia de “distintas trayectorias”, y, por tanto, de voces, experiencias, vidas que nutren la posibilidad de la existencia. Sin multiplicidad, dice Massey, no hay espacio. Se identifica aquí una escisión con Lefebvre: no es la producción particular de una sociedad lo que determina al espacio, sino la existencia *per se* de la multiplicidad. La lógica parece no ser

¹⁷ Si bien la autora menciona que “el espacio es producto de las ‘relaciones’, relaciones que están necesariamente implícitas en las prácticas materiales que deben realizarse” (Massey, 2005: 105), descuida posteriormente dichas prácticas materiales. Lo material queda olvidado para darle mayor peso a la carga identitaria de los sujetos.

incorrecta: “Si el espacio es en efecto producto de interrelaciones, entonces debe ser una cualidad de la existencia de la pluralidad”. La interpretación, en este sentido, es que “la multiplicidad y el espacio son co-constitutivos”. (Massey, *op. cit.*: 105).

¿Pero qué multiplicidad interesa a Massey? Sin duda, la identitaria, la existencia de las subjetividades políticas. Por otro lado, es esta multiplicidad y no el cambio en las formas de producción, como en Lefebvre, que garantizarían la contingencia del espacio, su apertura en la historia.

El espacio se vuelve así un medio para la interacción. Massey no considera esa ruptura productiva del espacio social, por lo que supone lo mismo que aquí se ha criticado: la existencia de un sujeto plantado, que, a merced de los vaivenes históricos se le reconoce su diferencia y, por tanto, se concluye que, así como ese sujeto es diferente, todos pueden llegarlo a ser. La existencia previa de la multiplicidad sin reconocer el proceso de producción de esa multiplicidad se queda en la elaboración abstracta de un espacio imaginario.

Ahora bien, esto no quiere decir que la multiplicidad no sea real. Lo que se cuestiona es su existencia *a priori*, como esta autora supone, y no su real condición de producto (*a posteriori*) a partir de las relaciones de producción y las relaciones sociales de producción y reproducción. Esta interacción co-dependiente de la multiplicidad, entendida, ahora sí, como *a posteriori*, produce las entidades y las identidades.

Por otra parte, la discusión del tiempo (para que haya tiempo debe haber interacción / para que haya interacción debe haber multiplicidad / para que haya multiplicidad debe haber espacio (*ibíd.*: 113)) queda igualmente incompleta sino se considera la sustancia del espacio: la tarea productiva. Tal vez aquí se note una insistencia que pueda caer en la vulgaridad del economicismo, o de la economía política. Pero no por nada se emprendió un esfuerzo para abordar toda la discusión principal de Lefebvre sobre el espacio. Massey, como muchos otros y otras autoras, incluso Lindón, descuidan y marginan este carácter fundador: la base de la producción material del mundo social.

La discusión del espacio queda reducida entonces a lo que Lefebvre llamó la representación del espacio y el espacio de representación; cercada al mundo abstracto de la proyección y la introyección. El mundo de las ciencias “duras”, y de algunas artes, podría buscar y entenderse con la representación del espacio; mientras que las ciencias sociales -interesadas en el espacio- buscarían el espacio de la representación a partir del análisis del discurso, del estudio de la identidad o del vínculo afectivo del sujeto con el espacio: encontrar los imaginarios, los símbolos y las representaciones que los sujetos tienen respecto a éste.

En este espacio de representación la diferencia adquiere un valor simbólico superior a cualquier otro, al menos en la perspectiva de Massey. La diferencia adquiere el estatus de mito. Con esto no se desconoce el valor de la diferencia, pero sí se le matiza. La aportación de Massey es importante, más para comprender las interrelaciones que se suscitan en el espacio, pero no para comprender lo que concierne al espacio social. Éste exige una complejidad mayor del cual sólo las interrelaciones son una parte; y esto es preciso señalarlo.

Comprendiendo que lo que aboca a Massey son las diferencias que emergen en el espacio y no el espacio como tal, podríamos ahora aceptar sin ningún problema que “una comprensión más acabada de las diferencias tendría en cuenta la contemporaneidad de las diferencias y también tendría en cuenta que los ‘otros’, de existencia real, no están simplemente detrás de nosotros, sino que tienen sus propias historias que contar” (*ibíd.*: 116). ¡Eruka! Vamos entrando al meollo del asunto: lo que concierne al sujeto, y, en este caso, la multiplicidad de sus historias que, en este contexto interesan, tiene con el espacio.

La mirada que veía hacia la sociedad y su espacio aumenta su graduación para concentrarse en el grupo, la comunidad y, posteriormente, el sujeto y su espacio. Este motivo, sin embargo, no es fortuito. La modernidad ha sido su incentivo, esto debido al nacimiento de nuevas limitaciones artificiales y políticas. La geografía dará cuenta de ello:

el espacio geográfico se imagina como dividido, separado en localidades, lugares, regiones [...] ese espacio dividido se imagina en relación con una forma particular de organización de la sociedad en Estado-nación, comunidades locales, las tribus

locales de los antropólogos, las culturas regionales de los sociólogos y los geógrafos. (*ibíd.*: 117).

La proposición de que estas formaciones regionales “poseen” una cultura, diferenciándolas unas de otras, es un supuesto que Massey criticará. Las diferencias culturales con base espacial y la “identidad de esas culturas” no se generan internamente y no se constituyen de antemano. “Se supone que, de alguna manera, las características de un lugar y su ‘cultura local’ brotan de la tierra”, lo cual no es más que una noción esencialista. La identidad de los lugares, regiones, naciones, dice la autora, son un producto de la interacción. (*ibíd.*: 117-118).

El espacio, sigue la autora, siempre tiene algo de caótico y

debería reconocerse el espacio como esfera del encuentro -o desencuentro- de esas trayectorias, un lugar donde coexistan, se influyan mutuamente y entren en conflicto. El espacio, así, es el producto de las intrincaciones y complejidades, los entrecruzamientos y las desconexiones, de las relaciones, desde lo cósmico, inimaginable hasta lo más íntimo y diminuto. El espacio es el producto de interrelaciones. (*ibíd.*: 119)

Caos, conflicto, yuxtaposiciones. El espacio entendido “por naturaleza” como “una zona de disrupciones”, donde “quizá la conclusión más sorprendente de todas, dadas las conceptualizaciones hegemónicas, es que el espacio no es una superficie” (*ibíd.*: 120). De aquí que asevere que el aspecto integral del espacio sea la “productividad de la incoherencia.”; aunque esta incoherencia no queda suficientemente fundamentada en su discusión teórica.

Concibiendo al espacio como la “esfera de la yuxtaposición” es que puede encontrarse la potencia de los diferentes relatos, “del forjamiento de las relaciones nuevas”, de “nuevas trayectorias”, “nuevas historias”. Es la “fuente de producción de espacios nuevos, identidades nuevas, relaciones y diferencias nuevas” (*ibíd.*: 121).

Por otra parte, su definición de espacio no ayuda mucho a que se comprenda su participación para la generación, producción, de lo nuevo. Dice: “no se trata aquí de enfatizar la producción *del* espacio sino del espacio en sí como parte integral de la producción de la sociedad. Por cierto, la cuestión es que si queremos que el tiempo

(el futuro) sea abierto (*ibíd.*: 123). ¿Qué es ese *espacio en sí*? ¿Será lo que Lefebvre llamó representación del espacio?

Como sea, Massey nos ayuda a vincular lo que sea que ella entiende por espacio - más allá del producto de las interrelaciones- con las entidades geográficas, es decir, las regiones, las localidades, el Estado-Nación como tal, y los vínculos generados entre los sujetos con éstas; vínculos que incluso han llegado al extremo de la violencia en defensa de esa espacialidad local (*ibíd.*: 124). Esto hace aparecer en escena dos conceptos distintos: el territorio y el lugar.

Massey, sin embargo, no ahonda en el territorio. Lo da sentado en estas entidades geográficas, y se concentra más en el lugar. El lugar, dice Massey no debe ser entendido a partir de límites, es decir desde una exclusividad o de ningún sentido de contraposición entre un interior y un exterior, y una dependencia de nociones falsas sobre su significado interno. (*ibíd.*: 124-125). Estas nociones, como veremos más adelante, pertenecen al concepto de territorio, lo cual hace notar que la autora cayó en un juego de significados y significantes.

El lugar para Massey, o, mejor dicho, la identidad de lugar debe comprenderse desde la relación con otros lugares, teniendo así un “sentido global del espacio”. Esto sería una suerte de apreciación de la especificidad local con el mantenimiento de una perspectiva internacional (*ídem*). Esta apreciación concilia su inquietud sobre el aprecio de lugar donde se crece y, asimismo, la conexión con un mundo cada vez más interconectado.

2.3. Territorio

Hasta ahora se ha tratado de recuperar una discusión densa sobre el espacio, muy contrario a lo que autores como Abilo Vegara -sin aparente esfuerzo- desarrollan en alguno de sus textos.¹⁸ Esta discusión nos ha proporcionado herramientas para comprender de mejor manera lo que se entiende por espacio; sin embargo, poca luz se ha arrojado en lo que refiere al sujeto y su vida en ese espacio, las interrelaciones de las que tanto se han hablado y lo que concierne a un sitio que comienza a ser delimitado por artificios de la política. La aproximación al sujeto, pues, necesita de otros conceptos para materializar su acción, su práctica y su identidad, si es que se quiere emprender el objetivo de Massey. De aquí que la siguiente tarea consista en abrirse paso entre las llanuras del territorio.

Massey ya escribía elementos concretos como límites, exclusividad, sentido de contraposición entre un interior y un exterior. Pues bien, estos elementos responden a un espacio geográfico interpretado desde una perspectiva socioeconómica y, por supuesto, política. Asimismo, en efecto, no dan sentido a un lugar, sino a un territorio, a una interpretación que da por contado la existencia de barreras, ya sean físicas o simbólicas, que separan una variedad de espacios geográficos. Nace así, la frontera, “una zona de segmentación” del espacio. Esta fragmentación del espacio, dicen Isaza Kranz y Páez Vanegas, “lo resignifica en cuestiones políticas, legales, culturales y afectivas” (2021: 139). En ese sentido, el territorio es una fragmentación artificial que implica una relación:

Es un concepto relacional que insinúa un conjunto de vínculos de dominio, de poder, de pertenencia o de apropiación entre un espacio geográfico y un determinado sujeto individual o colectivo (Gómez, 2001). Así los territorios se marcan, son evidentes y visibles conformados por elementos físicos concretos, algunos naturales como los accidentes geográficos, otros construidos desde las apropiaciones humanas como muros, barricadas y trincheras. (Ramírez Velázquez & López Levi, 2015). (*ídem*).

Este condicionamiento del espacio geográfico repercute sobre sus habitantes, “hace que estos adopten determinadas actuaciones”; sin embargo “no es uniformador y

¹⁸ Para este autor, el espacio lo entiende como "materia prima"; el territorio como lo "recortado, practicado y significado"; y el lugar como "lo acotado, pero a escala corporal humana constituido por la copresencia" (Reyes, 2022: 222).

permite que estos habitantes tengan comportamientos diferentes en territorios, ejerciendo a su vez la potestad de transformar el espacio según sus necesidades y deseos”. La frontera aquí tiene un papel de concentración de sentidos particulares que diferirán, a veces en creces, de otros (los externos a esa frontera); por ello, para Zago (2016 cit. en *ídem*) la frontera es un mecanismo generador de sentido de pertenencia y de exclusión; aunque, es cierto, no sólo la diferenciación se erige entre uno y otro lado de ésta, también los símbolos y las experiencias particulares dentro de ellos, lo que abona en la identidad de los sujetos.¹⁹

Ahora, el dominio y el poder en la producción de lo que para Lefebvre sería el espacio abstracto por parte del Estado, para Isaza Kranz y Páez Vanegas es la territorialidad: “el grado de dominio sobre el territorio, así como las prácticas y sus expresiones materiales y simbólicas, capaces de garantizar la apropiación y permanencia de un territorio (Montañez, 2001)” (*ibíd.*: 140). Las territorialidades, que además definen el dominio, “definen la propia identidad a través de la evidencia del otro”. El amigo-enemigo de Carl Schmitt, podríamos pensar. Dicen estos autores:

El primer acto de territorialidad que se realiza sobre un territorio es traducir esa consciencia del otro en límites físicos claros. Y es por esto por lo que las territorialidades son también relativas, estas se crean, recrean y transforman en procesos complejos de territorialización y desterritorialización impulsados a través de mecanismos consensuados o conflictivos, de carácter gradual o abrupto (*ídem*).²⁰

¹⁹ Asimismo, el autor Abilio Vergara Figueroa, afirma que la frontera “tiene la capacidad de aislar algo de su entorno, pero no se elimina la influencia del contexto. Una de sus funciones es marcar la separación entre el adentro y el afuera, este puede ser material o simbólico. En relación con el cuerpo, el autor asegura que la frontera, además de lo físico va a operar también en las estructuras sociales e imaginarias que marcan y alejan aquello que disgusta, que altera. Es decir, la frontera es por una parte los límites entre los cuerpos y también toda la construcción cultural que se ha dispuesto para saber qué tanto deben material y simbólicamente acercarse o no los cuerpos. Desde su perspectiva, la capacidad segregativa de la frontera puede invisibilizarse por la rutina, además las fronteras no necesariamente tienen límites físicos, como ya se mencionó anteriormente.” (Reyes, 2022: 222).

²⁰ Sobre este tema se puede consultar en el trabajo de Lindón la siguiente referencia: “Edward Hall fue uno de los pioneros en el tema, aunque muy permeado por una visión biológica. Definió la territorialidad como “la conducta característica adoptada por un organismo para tomar posesión de un territorio y defenderlo contra los miembros de su propia especie [...] Por su parte, Claude Raffestin ha estudiado la territorialidad a partir de su relación con el trabajo, caracterizándola como la principal mediación entre el hombre y su territorio. (Lindón, 1996: 232-233).

2.4. El lugar

Vini, vidi, vici, dijo Julio César al dirigirse al Senado romano, describiendo su victoria sobre Farnaces II del Ponto en la Batalla de Zela. Esta locución expresa ya un sentido de un lugar donde se erigió su victoria: Zela, lugar donde llegó, vió, y venció. El lugar es aquí entendido no sólo como la espacialidad, el espacio geográfico, sino como el sitio con un sentido. Este concepto se “enmarca en lo simbólico e inmaterial del rol de la arquitectura” (*ídem*). Zela dejaba de ser para César sólo una ciudad, con sus caminos, sus monumentos y sus templos; era el lugar de su triunfo.

Ahora bien, este sentido de lugar abarca una ciudad, pero no se separa de las nociones propuestas por Isaza Kranz y Páez Vanegas sobre éste. “El lugar evidencia comportamientos que realmente identifica a los sujetos dentro de un territorio que no necesariamente requiere de un dominio jurídico” (*ídem*).

Cresswell en Ramírez Velázquez & López Levi, (2015, p. 161), sostiene que: “Lugar refiere a espacios para los cuales la gente les ha dado significado, están ligados con ellos en diferentes maneras y tienen una localización significativa”. Es así como esta noción subjetiva atañe a significados y apropiaciones de orden individual, derivadas de la habitabilidad y lo cotidiano de sus vivencias. En este sentido, la intimidad es significada en el lugar y es desde acá que se construye la identidad de los sujetos, definida por el ejercicio individual en ese reducido territorio que se concibe como lo propio. El lugar es una extensión del yo, un reflejo en el que se permite lo genuino. (*ídem*).

Esta comprensión de lugar también es compartida, al menos parcialmente, por Yory y Hiernaux: “¿qué es lugar? ¿Qué fue de su carga identitaria, así como del enorme contenido simbólico-territorial de seguridad y de estabilidad con el que siempre se le ha asociado?” (Yory y Hiernaux, 2017: 78). En lo más hondo de su significado de este concepto se halla su carácter nocio-emocional (*ibíd.*: 80).

Como señalan estos autores: “toda época está definida por una idea de mundo, una de ser humano y, por tanto, una de la relación entre ambos; es decir, una idea de habitar referida, específicamente, a una u otra idea de lugar” (*ibíd.*: 75). Esta relación no sólo sería productiva ni diferencial, sino afectiva; de aquí el concepto de topofilia. La relación de los sujetos con el lugar supone la creación de un valor de ese lugar.

El concepto de topofilia se debe a Gaston Bachelard. En su obra, *La poética del espacio* utiliza este concepto para aludir la

determinación del valor humano de los espacios de posesión, de los espacios defendidos contra fuerzas adversas, de los espacios amados [donde...] a su valor de protección, que puede ser positivo, se adhieren también valores imaginados, y dichos valores son, muy pronto, valores dominantes. El espacio captado por la imaginación no puede seguir siendo el espacio indiferente entregado a la medida y a la reflexión del geómetra. Es vívido, y es vivido no en su positividad, sino con todas las parcialidades de la imaginación. (Bachelard, 1975 cit. en *ibíd.*: 85)

De esta forma, dicen Yory y Hiernaux, “la percepción del espacio se mediatiza, no sólo por la experiencia sensible que pueda tenerse de él —su ‘positividad’—, sino por la fuerte carga imaginativa a través de la cual se podría afirmar que éste ‘entra en valor’; o lo que es lo mismo, en ‘apropiada significación’”. El espacio poético en Bachelard es, pues, un “espacio vivido”, o “espacio vivenciado” (*ídem*).

El concepto de topofilia, sin embargo, tiene una segunda revisión. Ésta es realizada por el geógrafo Yi-Fu Tuan, quien remarca el sentimiento de apego

—relación emotivo-afectiva, la denomina Tuan— que liga a los seres humanos a aquellos lugares con los cuales, por una u otra razón, se sienten identificados. En tal medida, dicho sentimiento exaltaría algo así como la “dimensión simbólica” del habitar humano y, por lo mismo, expresaría lo que el geógrafo chino-norteamericano denomina: un poderoso “instinto” de pertenencia al mundo o, si se prefiere, de apropiación de él. (*ibíd.*: 86)

En este sentido, la topofilia para Tuan es un sentimiento; y es “nuestra disposicionalidad hacia los atributos del espacio los que en consecuencia definen [...] su idea de lugar; una idea imbuida, por tanto, de una clara adjetivación y, por lo mismo, como el propio Tuan sostiene, de una ineludible carga emocional”²¹ (*ídem*). Hasta aquí las coincidencias entre Isaza Kranz, Páez Vanegas, Tuan y Yory y Hiernaux. Los dos últimos autores, no obstante, tratan de ir más allá y proponer la articulación del verbo habitar y el lugar. Hablan así de un espacio-lugar o el espacio habitado. Estos autores difieren en que la relación con el lugar se reduzca a la adjetivación emocional, cuestión que, dicen ellos, los dejarían en un plano psicológico.

²¹ Yory y Hiernaux comparten la idea de Tuan de que “nuestra comprensión del espacio habitado pasa, necesariamente, por la propia comprensión que tengamos de nuestra relación con él —definida para el geógrafo por la carga emocional que establezcamos con sus atributos en razón de los juicios categoriales de valor que para el efecto establece: topofilia, topofobia, topolatría o toponegligencia—. (Yory y Hiernaux, 2017: 86)

Por el contrario, consideramos que nuestra relación con el espacio habitado no se agota en una simple relación emocional con sus atributos —lo cual nos dejaría en un plano exclusivamente psicológico—, sino que se remonta a la propia dimensión ontológica de tal tipo de espacio en tanto lugar de mostración de lo que Heidegger llamara nuestro ser-en-el-mundo. Un ser que en su connotación *circo-estancial* acusa “espacialmente” (estancialmente) sus propias formas de ser consigo mismo y con el otro a través de lo que en consecuencia entenderíamos como una u otra forma de habitar. (*ibíd.*: 86-87).

Yory y Hiernaux muestran así su simpatía hacia el pensamiento heideggeriano, pensamiento que moldea su comprensión del estar siendo, estar habitando, espaciando. Esta lectura me parece equívoca, aunque en el discurso pueda sonar irruptiva y provocadora. Más adelante hablaremos de la relación de espacio con el sujeto que proponen Heidegger, Ortega y Gasset y Simmel.

De esta manera, el *estar siendo*, es lo que lleva a Yory y Hiernaux a concebir a la topofilia desde el *hacia* y el *desde*, “inherente a la idea de ‘espacio hodológico’, o de camino, implícita en lo que Heidegger llamaría: ‘nuestra manera de ser más propia’, en tanto ‘seres de camino’”. (*ibíd.*: 87). Me parece que esto es un error, pues es proponer ver al sujeto con un carácter consustancial a sí mismo. ¿Qué es nuestra manera de ser más propia? Podemos comprender que esto se responde con la autoafirmación del andar: “nos afirmamos ‘orientando’ y dando sentido a nuestro camino; es decir, en el momento en que tomamos conciencia de nuestro propio ser-espacial *espaciando*” (*ibíd.*: 88); sin embargo este andar, este ser que va *hacia* desde un *desde*, no podría develar una forma de ser más propia; es suponer que el andar y sólo únicamente el andar me define; cuando bien podríamos pensar, desde otro mirador, que es el detenerse el que me hace pensar qué he sido y qué quiero ser lo que me hace ser consciente de mi “*yo más propio*”.

Ahora bien, la idea de espacio hodológico me parece acertada. Este concepto alude “a la manera como la persona considera su espacio desde el punto de vista de sus posibilidades de comportamiento (Bollnow, 1969)” (Muñoz Rodríguez, 2005: 219); es el espacio del movimiento; el desplazamiento del sujeto en este a partir de su preferencia, preferencia que puede surgir sin un previo proceso de subjetivación en relación con el espacio. Esto, en efecto, puede vincularse con la idea de lugar

determinada por el encuentro; pero no por una entrada a lo que supone “nuestro ser más propio”.

Es increíble que, pese a que se ha combatido el esencialismo de las identidades, visto ya anteriormente con Massey, Yory y Hiernaux, vean en esta lectura heideggeriana “la base de la concepción identitaria que marca nuestra específica diferencia y que de tal suerte nos hace bosquimanos, esquimales, europeos o latinoamericanos” (Yory y Hiernaux, *op. cit.*: 88). Su construcción identitaria parte, sí, de un proceso relacional, pero sólo para llegar a un sí mismo de nosotros: lo que ya somos, pero no hemos sido.

La reafirmación de uno mismo a partir de la relación con los demás no es lo mismo que decir: a partir del otro yo me encuentro más propio. Es, me parece, una locura. Así, estos autores confunden este proceso; por un lado, enuncian un proceso subjetivo (el cual es el más sensato), y, por otro, un proceso esencialista.

el espacio humano supone una significación -base de la idea de lugar que estamos construyendo-, pero ésta alude, siempre, a una orientación en razón del carácter hodológico del espacio habitado; he ahí la clave para entender, desde aquí, esa tautología que ya acusa la noción de "lugar humano", donde a la vez que nos encontramos con nosotros mismos, nos encontramos y, de hecho, auto-afirmamos, en relación con los demás. (*ídem*)

La propuesta vira, entonces, en estudiar los espacios de representación: “no es que en sentido estricto estemos ‘adscritos a un lugar’ sino a una determinada idea de mundo a través de él”; pero esta idea se difumina con el aspecto ontológico que estos autores señalan.

la relación que los seres humanos establecemos con el mundo —a través de los lugares en que vivimos— no es, en primera instancia, de tipo psicológico y, por tanto, proveniente de una simple adjetivación emocional (de un sentimiento), sino ontológica, marco desde el cual se constituye y hace posible ese “sentido de pertenencia” que, como señalamos, expresa lo que Heidegger llamaría, “nuestro ser más propio” en tanto manera específica que determina y define el aludido ser-en-el-mundo. (*ibíd.*: 88-89).

La topofilia en este contexto adquiere un carácter que intenta superar las adjetivaciones emotivo-afectivas respecto a la territorialidad, y aprehender una connotación política, un sentido de acción: la topofilia, concluyen estos autores, es “el acto de co-apropiación originaria entre el ser humano y el mundo mediante el

cual el mundo se hace mundo en la apertura que de él realiza el ser humano en su naturaleza histórico-espaciante y el ser humano se hace humano en su espacializar” (*ibíd.*: 93).

3. De mi patria y de mí mismo me voy

3.1. El sujeto y el espacio

Un artículo bastante interesante sobre la relación del espacio y el sujeto es *El espacio y el territorio: contexto de significado en las obras de Simmel, Heidegger y Ortega y Gasset*, de Alicia Lindón (1996). Me parece que la pertinencia de enunciar aquí lo que estos tres grandes autores piensan o pensaron sobre esta relación, ayudaría a despejar un poco la vaga postura que hasta ahora hemos adoptado sobre el sujeto y el espacio.

El estudio tiene una ventaja más, pues no sólo enuncia las reflexiones y las propuestas teóricas de los autores, sino que también lo hace a la luz de la hermenéutica; de ahí que este trabajo de Lindón sea aún más valioso. Por ejemplo, el caso de Simmel está enmarcado en un acelerado proceso industrial del siglo XX, donde emergen grandes metrópolis, urbes, ciudades, y las distancias físicas se reducen debido al avance de las vías de comunicación. Esto lo lleva a pensar y contrastar las dimensiones del concepto distancia. Propone así la distancia física, la distancia social y la distancia afectiva (Lindón, 1996: 230).

La ciudad para Simmel es visualizada como un círculo social:

en la medida en que crece se hace menos intensa su unidad interna, y en ello los individuos pueden encontrar mayor libertad. El urbanita desarrolla un modo de vida dominado por la actitud *blasée*, resultante del hastío, vive en la gran ciudad como un individuo en medio de una muchedumbre, es decir, con distancias físicas reducidas y con distancias sociales y más aún, espirituales, enormes. Esto es lo que lo hace aparecer como un individuo indiferente, reservado, con muchos contactos superficiales y muy pocos profundos. (*ídem*).

La libertad aquí mencionada es la libertad de movimiento del sujeto. Es posibilidad de desplazarse en el espacio más allá de lo que con su sólo cuerpo pudiera lograr; pero al mismo tiempo se acarrea la indiferencia. En la exterioridad del sujeto, dice Simmel, se expresa el movimiento; mientras que en su interioridad opera la indiferencia (*ibíd.*: 231).

Ahora, siguiendo a Lindón, Simmel construye una teoría de la modernidad en la que no habla del espacio ni de la relación “hombre-espacio”; pero sí construye dicha teoría sobre “un particular componente espacial, que es el espacio urbano” (*ídem*). El caso de Heidegger es algo distinto. Este autor, dice Lindón, “aborda el problema del arraigo al territorio natal y con esto muestra una particular relación hombre-espacio”, a saber: el sentido de pertenencia: “la visión de la compenetración profunda del hombre con su espacio lo hace sentirse un elemento más dentro de ese mundo natural y lo lleva a tomar la decisión de no desprenderse del mismo (*ibíd.*: 232).

La reflexión de Heidegger, sin embargo, privilegia el espacio del campo y sus aparentes virtudes, esto motivado por la propia historia de Heidegger. Así el sentido de pertenencia aquí tiene una relación preponderante con lo natural, la naturaleza, así como los hombres de ese lugar natural.

Para los hombres del lugar (entre los que se incluye [el mismo Heidegger]) es frecuente reunirse, compartiendo la vivencia de un espacio y un tiempo, sin que sea necesaria la mediación del lenguaje como medio de comunicación. [...] El autor contrasta esta situación con las vivencias de los ciudadanos, que siempre requieren de extensas conversaciones. Para los ciudadanos, sin la oralidad de la palabra no hay posibilidad de comunicación. La cercanía física no significa necesariamente comunicación para el hombre urbano, esa disociación es esencial para la vida urbana. Esto último podría relacionarse con la visión de Simmel, según la cual en el individuo urbano predominan innumerables contactos, pero siempre superficiales. En cambio, Heidegger nos muestra a un individuo campesino integrado a su territorio, en el cual la profundidad de las vivencias compartidas le permite prescindir del lenguaje, sin prescindir de la comunicación social (*ibíd.*: 233).

La preocupación de Heidegger es, pues, el sentido de pertenencia al territorio natal, el lugar en el sentido de Isaza Kranz y Páez Vanegas o en el sentido de topofilia. Este hecho es tan esencial, dice Lindón, que “cuando entre el individuo y su territorio se interpone una distancia física, por alejamiento de ese territorio, toda su existencia

es impregnada por otro sentimiento, la nostalgia respecto a la tierra natal” (*ídem*). Esta visión del territorio me recuerda a un fragmento del ensayo *Dar un paseo* del inglés William Hazlitt (2020: 35-36). Cito este fragmento:

No somos la misma persona sino otra, acaso más envidiable, todo el tiempo que estamos fuera de nuestro país. Estamos perdidos para nosotros, así como para nuestros amigos; por ello, el poeta, un tanto misteriosamente, canta:

de mi patria y de mí mismo me voy

Ortega y Gasset, en cambio, nos habla de un ser humano (moderno) que se enfrenta al territorio, lo modifica “y se adapta a sus propias construcciones”. Dice Lindón: “El hombre del que nos habla Ortega [...] se mueve en el espacio, no pertenece a ningún espacio, pero no puede superar la condena de que su propia existencia siempre esté espacializada”. Esta observación sobre este autor contrasta en creces con el ser humano de Heidegger, un ser “integrado a un mundo natural, un elemento más que busca armonizar con la naturaleza” que posee un profundo arraigo hacia su territorio (*ibíd.*: 235).

Para Lindón, el espacio de Ortega es “esencialmente egocéntrico, y se constituye a partir de cada individuo”. En este sentido, Ortega no se preocupa por la producción del espacio (como ninguno de los otros dos autores anteriores), sino ya por la relación y percepción del sujeto con éste. En este espacio se comparte la postura lefebvriana donde éste es totalmente modificado y artificializado, donde la naturaleza es relegada o, como dice Lindón, parece no tener presencia (*ibíd.*: 235-236). Por otra parte, el ser humano para Ortega es capaz de “anular el espacio, poniendo a la disposición del hombre las distancias de modo que pueda, a voluntad, crearlas o suprimirlas [...] el hombre cosmopolita que anula y suprime el espacio y las distancias, que no está arraigado a ningún espacio, que no está inmerso en localismos” (*ibíd.*: 236). Esta postura es más útil y, tal vez, más certera que la perspectiva idealista de Heidegger para quien “el espacio se territorializa en un mundo donde la naturaleza y los individuos armonizan” (*ídem*).

4. La ciudad en el sujeto

4.1 Mi cuerpo, mi ciudad

Como hemos visto hay tres propuestas para entender la relación del sujeto con el espacio. Personalmente, me adscribo a la propuesta de Ortega y Gasset y de Simmel. Ahora bien, el sujeto abstrae al espacio y lo transforma; para ello necesita el pensamiento y el cuerpo, el intelecto y la fuerza. Aquí el pensamiento es la abstracción de un conocimiento, conocimiento que se construye y se destruye en la misma esfera inmaterial y abstracta; pero que, también, emerge a partir del cuerpo, de los sentidos, las experiencias, las emociones. Un sujeto que habita, vive, transita y se desplaza entre la ciudad, inevitablemente pone como mediación a su parte más material, su corporalidad. “Los seres humanos habitamos el mundo mediante la materialidad de la carne, los sentidos, las emociones y las significaciones culturales que hemos construido (Bernard, 1985)” (Reyes, 2022: 210).

No es casual que esta mediación sea materia de interés. Richard Sennet, por ejemplo, realizó una investigación sobre la historia de la ciudad a través de la experiencia corporal de sus habitantes (*ibíd.*: 211). Y es que el cuerpo capta los elementos que son constitutivos de estos espacios de producción, de fragmentación, de desigualdad. Por los sistemas perceptivos “podemos afirmar que experimentar los olores, sonidos, bloqueos de visión, sabores y microclimas, son elementos que van a influir en la percepción que hombres y mujeres tienen sobre sus propios cuerpos y sobre el entorno” (*ibíd.*: 213). En la ciudad esto tiene una influencia fundamental sobre el comportamiento (por ejemplo, permanecer o no en un lugar con un olor desagradable) y, también, sobre la construcción de afectos. Por ejemplo, y adelantando un poco las expresiones de nuestros entrevistados, veamos el caso de Iván, dueño de un puesto informal, que contrasta el lugar donde vive (San Lorenzo Copilco) con la zona corporativa de Santa Fe, donde trabaja.

El sonido, sí. La vista. O sea, aquí ves por ejemplo de todo pero en cuestiones de la gente, allá hasta veo niños jugando en la calle y con el balón. El sonido, como dices, allá está gritando el del gas, ya está gritando el del fierro viejo. Pos aquí nada más hay camiones o carros que estén pasando. Ese sonido pues también aunque

quieras o no sí te mueve y lo extrañas. Yo sí lo extrañaba. Allá dentro [el reclusorio]²² decía: no mames, no oigo el del gas, o al de los tamales oaxaqueños, ¿no? Así es. (Iván, vendedor de tacos).

Se parte de que, como dice Reyes, si

cada sociedad organiza una sensación corporal propia, podemos comprender que la percepción no es coincidencia de las cosas, sino interpretación; por este motivo, elementos como el género, la condición etaria, la clase social e incluso el nivel de parentesco, van a generar variaciones en las modalidades en las que los cuerpos se tocan. Es a partir de nuestro contexto situado, nuestra historia personal y de la educación que recibimos de instituciones como la escuela o la familia, que de manera individual y colectiva vamos a construir nuestra sensorialidad. Es muy importante tener en cuenta esto cuando abordamos cualquier fenómeno urbano, pues sin duda existirán matices que impliquen diferentes percepciones de la vivencia en las urbes. (*ibíd.*: 214).²³

Siguiendo con Iván. Su experiencia parte del barrio, de un lugar donde él mismo identifica la pobreza: “y cuando yo vengo del pueblito de donde vivo, en San Lorenzo Copilco -es un pueblo todavía, está aquí arribita en Cuajimalpa-; salimos del pueblito y pues ahí se ve pues que hay quizá como en todo: pobreza, casas viejas”. Esta experiencia, como dice Reyes, es un matiz, una percepción de su vivencia. Muy diferente en el caso de Marisol, una vendedora de una tienda departamental del centro comercial de Santa Fe, que pone en énfasis la inseguridad que siente en el Pueblo de Santa Fe, lugar donde vive:

Sí me gusta [el pueblo], pero no la parte de la seguridad porque pues tal cual ahí yo me acoplé y yo estoy viviendo, y pues sí me gusta estar ahí. Pero como te digo, no puedo salir bien, tanto la vestimenta, en el aspecto de que te pueden decir algo, pueden... no sé. (Marisol, vendedora de una tienda departamental).

Otros factores que marcan la diferencia, agrega también Reyes, “son las actividades y preocupaciones personales”. Se involucra de esta forma la subjetividad como elemento que influye en la forma en que se comprende el espacio (*ibíd.*: 218).

²² La historia de Iván se ve atravesada por 5 años dentro del reclusorio.

²³ Por otra parte, es importante resaltar que “la construcción del espacio es materia de lo que puede percibirse, pero también de lo que puede eliminarse, ya que dependiendo en la cultura en que se viva se aprende a excluir o incluir información determinada, que pasa a través del cuerpo por los sentidos” (Reyes, 2022: 217).

4.2 No tengo filosofía: tengo sentidos

Margarita Baz menciona que “la idea de una subjetividad colectiva se refiere a aquellos procesos de creación de sentido instituidos y sostenidos por formaciones colectivas” (Baz, 2003: 142). Así, pues, la subjetividad respecto a las experiencias sobre lugares varía de acuerdo a la subjetividad de cada sujeto, que, en este caso, no se desentiende de la subjetividad colectiva, sino que refiere a distintas perspectivas de observación, de sentir y hacer donde cada sujeto se presenta como creador de significados.

desde la perspectiva de la subjetividad, la cuestión del imaginario social –en su dinámica instituido/instituyente- abre vías para la comprensión de lo colectivo, visto entonces como ámbito y como dimensión autoinstituida que se alimenta de múltiples organizadores de sentido: campos discursivos, narrativas, mitos, emblemas, rituales, etcétera. (*ibíd.*: 146).

Para García la subjetividad adquiere un espacio topológico, es decir, es vista como “resultado de un pliegue del exterior en que las fuerzas actúan sobre sí y producen un trabajo de constitución y conformación: emergencia del sujeto en su forma activa, mediante las prácticas que lleva a cabo consigo mismo, que él no inventa, sino que le son propuestas, sugeridas o impuestas por su cultura, su sociedad y su grupo social (García, 1976, 94); Esta primera interpretación de la subjetividad pone énfasis en la estructura que estructura al sujeto. La segunda interpretación de la subjetividad es la que la dota de autonomía, la que le da agencia éste:

Los sujetos se inscriben en un tiempo transindividual y en una problemática generacional que los hace partícipes de una historia colectiva, pero también están atravesados por deseos y fantasías que los ubican como seres singulares con una biografía personal, que a su vez participa en la creación de un imaginario social (Fernández Rivas y Ruiz Velasco cit. en Fernández, 1999: 60)

García también la señala al concebir dos formas de constitución del sujeto: una pasiva “que implica sujeción en sentido estricto producida por el ejercicio de poder de los discursos, de las prácticas y de las instituciones; y otra activa, llevada a cabo por los individuos mismos”, esto a partir de “prácticas sensatas y voluntarias por las que los hombres no sólo se fijan reglas de conducta, sino que buscan transformarse en su ser singular...” (García *op. cit.*: 95)

Sentidos, significados y experiencias dotan y dan cuerpo a la subjetividad, elementos que acucian un modo de sentir, pensar, de ver. Las experiencias espaciales, en este sentido, son material sustancial para la construcción y reproducción de dicha subjetividad.

4.3. Los desplazamientos de la subjetividad

Mi mirar es nítido como un girasol
Tengo la costumbre de andar por los caminos
Mirando a derecha y a izquierda,
y de vez en cuando para atrás...
Y lo que veo a cada momento
es aquello que nunca antes había visto
-Fernando Pessoa

Hablar del desplazamiento puede remitirnos a la migración, a la movilización de gente que, por alguna situación de violencia, huye y abandona su hogar. El desplazamiento forzado por la inseguridad, por las condiciones de guerra o por las diversas crisis que puedan llegar a someter a la población es la expresión de no ver otra opción más que la de dejar el lugar de origen para buscar, en otros *territorios*, una vida más segura. Este desplazamiento es de sumo interés para la sociología, la ciencia política, para el Estado mismo y los tomadores de decisiones. Se configura como un problema público y por ello llega a ser atendido, también, por la política pública. El desplazamiento, sin embargo, que aquí nos interesa no tiene estas dimensiones. Su carácter es más cotidiano, situado en un ir y venir, incluso no necesariamente desde un territorio a otro, sino de un espacio a otro, que posteriormente devendrá de un lugar a otro.²⁴

²⁴ Es importante hacer este reconocimiento. Se ha hablado de espacio, territorio y lugar, y cómo cada concepto abarca determinadas dimensiones. La dimensión de lugar, sin embargo, concentra la relación afectiva del sujeto con el espacio; es decir, el espacio deja de ser únicamente espacio en tanto lo que es en su forma material, para convertirse en un nodo de sentidos, afectos y emociones que sólo el sujeto tiene la facultad de asignarle. En términos lefebvrianos, sería concentrarse no en la práctica espacial (espacio en sentido general) ni en la representación del espacio (lo que podría ser un elemento sustancial del territorio y la territorialidad)

El desplazamiento que aquí se trata remite a impresiones internas del sujeto, si bien se implica también el desplazamiento del cuerpo. Como se ha dicho en algunas páginas anteriores, es el desplazamiento de la subjetividad lo que aquí buscamos revelar y conocer; y no del migrante, o del perseguido político. Es del ciudadano, del *urbanita* como lo nombraría Simmel; aún más: no de cualquier ciudadano, sino del que transita entre “dos mundos” desiguales de esta la llamada ciudad astillada.

La indagación de este desplazamiento, en este sentido, tampoco motiva la búsqueda de las múltiples interacciones y los códigos urbanos que se establecen dentro de lo que podríamos entender como el desplazamiento en el transporte público, como camiones o el metro, como sí lo hacen algunas otras investigaciones. Interesan, sí, los sentidos que se relacionan con, más que con la infraestructura de la ciudad -aunque tendrá su influencia-, los lugares que los sujetos trabajadores tienen con su lugar de residencia y su lugar de trabajo que, en este caso, es la zona corporativa y comercial de Santa Fe.

Retomamos, pues lo que se había dicho en algunos capítulos anteriores de este trabajo. El tránsito y el desplazamiento de un lugar a otro es posible, como ya se ha dicho. Esto permite una relación diversa entre personas y lugares. Y en este sentido, “la relación entre las personas y los lugares interesa en términos experienciales (es decir, de lo vivido) (Seamon, 2007; Lindón, 2019), y no tanto desde las perspectivas de la movilidad espacial en sí misma” (*ibíd.*: 15-16). Se apela, pues, a la experiencia espacial más que a la movilidad espacial de los sujetos.

Siguiendo lo anterior, la aproximación a Santa Fe tiene como fin develar las experiencias y sentidos que tienen (y desplazan) los sujetos respecto a los dos lugares principales en los que viven cotidianamente, a saber: el lugar de trabajo y su lugar de residencia, teniendo como escenarios dos lugares marcados por la desigualdad. Se trata de *dibujar* un tipo particular de escenario, éste entendido desde las geografías de la vida cotidiana como un recorte espacial definidos a partir

sino en el espacio de representación (el lugar). Este espacio de representación, luego, sería aún más acotado por el enfoque del estudio de la subjetividad.

Si hasta ahora el lector o la lectora no han advertido esto, por descuido suyo o por mi incapacidad de brindar claridad, espero que esta nota permita que podamos, ahora sí, entendernos.

de las prácticas del sujeto (y no desde el sentido tradicional de los límites físicos). El escenario, dice la autora, “es el espacio de un conjunto de prácticas móviles y concertadas por distintos sujetos y un marco en el que toman sentido” (*ibíd.*: 431).

El diálogo con estas prácticas y los sentidos que se desplazan con ellas pueden llegar a expresarse en lo que Lindón llama *hologramas socio-territoriales o espaciales*, y que son fragmentos de narrativas que dan cuenta de circunstancias ricas en contenido por “condensar claves socio-culturales empleadas en la construcción del sentido del lugar” (*ídem*).

El desplazamiento tiene así esta primera connotación. Pero se agrega otra en un sentido más epistémico. ¿Por qué desplazamiento y no movilización de la subjetividad? Bueno, el desplazamiento también alude a un movimiento u acción que implica hacer a un lado a algo o a alguien; en algunos casos, sustituirlo. De esta forma, optar por el *desplazamiento* de la subjetividad es adoptar la propuesta de Lindón, no olvidando, sin embargo, lo que aquí se expuso en el capítulo uno; es decir, no ver como objeto de estudio de la psicología social a la subjetividad, sino a ésta (como red de sentidos, experiencias, significados, percepciones, narrativas, etc.) interconectada a partir de la personalidad.

Este desplazamiento epistémico podría comprenderse de la siguiente manera, donde *P* es psicología, *S* subjetividad y *Pr* personalidad.

$$P(f): S \succ P(f): Pr(S)$$

Las pretensiones de pasar de la primera propuesta a la segunda son altas; por ahora sólo puedo atender al recordatorio. Como he mencionado, mis herramientas son escasas para emprender el desarrollo práctico de esta propuesta epistémica, en la que conjugaría personalidad y subjetividad. Espero que en un futuro próximo esto pueda realizarse; de esta forma los siguientes apartados se inscriben aún en la primera propuesta, en la aproximación sólo hacia la subjetividad.

4.4. Donde vivo, para mí es tranquilo; para muchos no.

El nombre de este apartado responde a las palabras de El Paletero, un vendedor ambulante de la zona comercial de Santa Fe. Esta expresión puede bien representar las referencias de casi todas las personas entrevistadas cuando se les pregunta cómo es su lugar de residencia. Una percepción de tranquilidad que, sin embargo, solapa una realidad más abrupta; realidad que emerge de la solapa conforme van contando la situación de su barrio, de su colonia, de su pueblo. Pero esta tranquilidad también tiene algo de cierto; se relaciona muy a menudo al contraste que se tiene con la parte más urbanizada de la ciudad, de sus centros comerciales, culturales e industriales. Es una tranquilidad que se siente por la ausencia del ajetreo, del ruido, del tráfico:

Lo que me gusta de mi lugar es que es muy tranquilo. No tengo ruidos de gritos de gente, no tengo ruido de camiones. (El Paletero, vendedor ambulante de paletas)

Es muy tranquilo. No hay tanta gente, no hay tanto tráfico. (Rosa, vendedora de un expendio de helados).

Por otra parte, a la tranquilidad se le suma la comodidad:

tengo cerca el transporte, cerca las tiendas, cerca los centros comerciales [...] Todo me queda a la mano y no tengo tanto problema. Las escuelas y demás. Todo está muy concentrado y muy cercano. (Karla, oftalmóloga de una tienda de lentes)

El contraste que mencionamos sobre la otra realidad, en algunos, casos, aparece de inmediato:

Las personas son muy tranquilas. Hay ciertas zonas donde sí hay como lo clásico: delincuencia y demás; pero es muy tranquilo regularmente. Son amables... Sí, los describo como un lugar tranquilo; y me gusta porque todo está cerca. (Karla, oftalmóloga de una tienda de lentes).

una colonia que es relativamente tranquila, o era tranquila. Ta pegado a lado de Acueducto y de lo que es la América, y pues es zona más marginal ¿no? Más barrio, más venta; por aquí en la colonia Cove vivimos tranquilo, en paz, gente pues de un nivel en cuestión de que no había tanta maldad, tanta corrupción o cosas así. (Iván, vendedor informal de tacos).

El lugar de residencia es pintado a primera impresión como un lugar tranquilo, pese que se adolece de cierta inseguridad, cierta “maldad” o corrupción.

4.5. No puedo salir bien, tanto por la vestimenta... en el aspecto de que te pueden decir algo, pueden... no sé

El tema de la violencia es demasiado notorio en todas las narrativas. Unos la enuncian más que otros; pero en general esto da cuenta de algo gravísimo. La relación con el lugar sí o sí está atravesada por la inseguridad, por el narcotráfico, las disputas territoriales, las desapariciones y, en el caso particular de las mujeres, del acoso y la violencia sexual. Ningún lugar está exento de estos espectros violentos que motivan, a veces, un repliegue total de las personas. Algunos conviven con esa violencia, no se involucran -o intentan no hacerlo- con su entorno más de lo necesario para evitar un conflicto; pero no por ello, dejan de reconocer que existe y que circunda cada una de sus calles. El Paletero comenta lo siguiente:

Es que según es pesada esa colonia, tú me entiendes... Es como cuando tú no te llevas con toda la bola, es cuando tienes, es cuando tienes problemas con algunas bandas. (El Paletero, vendedor ambulante).

Los problemas de esa gente aquí, dice, “si no lo arregla a gritos lo arregla con otras formas... a balazos”. Karla, por otro lado, cuenta:

está lo bonito, que era lo que te decía, que está todo cercano. Hay muchas obras actualmente. Va a ser lo del tren y demás. Pero también tiene su lado feo. O sea, que hay mucha inseguridad. [...] hay muchos asaltos, muchos robos. También mucha cuestión de los, las personas que se dedican al narcotráfico. Entonces sí es un problema [...] Ya no tiene horario. Hay asaltos tanto de las 5 de la mañana como a las 2 de la tarde, como a las 9 de la noche. Se suben al camión y lo que traigas. (Karla, oftalmóloga de una tienda departamental).

Miguel, que, si bien vive en Cuajimalpa y se identifica más con ese lugar, vivió aproximadamente un año en la Colonia Morelos para cuidar de su tía embarazada. Entonces convivió con el *barrio*. Ahí señala la siguiente experiencia:

Allá más caótico. Siempre carros. Donde vivía, la vecindad daba a la avenida, entonces la avenida era carro carro carro, motos, gritos, peleas, balazos. O sea, muy distinto acá, que en comparación es tranquila. (Miguel, vendedor de Telcel).

El caso, tal vez más grave, es el enunciado por Marisol. La violencia que denuncia se subscribe a las anteriores; pero enfatiza una en particular: la violencia sexual, esta que atenta contra ella por ser mujer y por lo que pueda llegar a vestir. A diferencia de los anteriores casos, donde la violencia se expresa en el entorno y

podiese atentar a una población en general, ésta se estructura sobre un cuerpo particular. Esto ha llevado a un retraimiento en Marisol con respecto al Pueblo de Santa Fe, que es el lugar donde vive.

En el aspecto de ser niña sí tenía más seguridad. En los últimos años ya pasaron muchas cosas. La seguridad sí se ha vuelto un poquito más grave. Sí he visto muchos cambios en este pueblo ya que no puedes andar libremente en la calle; ya no te puedes poner una vestimenta cómoda, porque ya hay muchas malas interpretaciones [...] Si te llegas a poner algún pans o algo apretado, te miran como que estás tratando de insinuar algo hacia las personas. Tienes que resguardarte más. [Esto] Lo sentí más que nada cuando iba a las escuelas. O sea, no podía ir cómodamente con mi falda, que es lo que me pedían, porque pues ya había mucha, ¿cómo se dice? morbosidad. [...] Llegaron varias veces como de tratar de hacer algo, pero pues no lo lograron. Afortunadamente ha habido policías cerca de ahí, y pues sí he tenido esa seguridad.

Se especificaba más hacia las mujeres en ese aspecto en el que no podías estar cómodamente caminando ya que había muchos espacios así, de que se las robaban, o por morbosidad. En el aspecto de los hombres, pues sí, he llegado a ver que desaparecen muchos chicos, muchas chicas. Ya no hay esa confianza, esa conexión con el pueblo. O sea, se está desbaratando

[...] Como te digo, no puedo salir bien, tanto la vestimenta, en el aspecto de que te pueden decir algo, pueden... no sé. (Marisol, vendedora de una tienda departamental).

La violencia y, por ende, el sentido de inseguridad que ésta genera, no había estado siempre. Se identifica, así, una *descomposición*, primero de las personas, y, después, del lugar.

Te digo: para mí no ha cambiado. Todos los que llegamos, de mis años, somos iguales. Lo que cambió son las generaciones, y en mi colonia más. Los problemas son para los chavos que tienen problemas de drogas. También es la colonia [...] Como se ha regado tanto la droga, se hace de bandas y no sé qué tanto. Pues qué te puedo decir: que de todo esto no es una cosa que digas tú no más es aquello, sino son varios. Se puede decir que en cada calle y cada pueblo hay de esa gente. [Por ejemplo,] Guanajuato²⁵ era un lugar tranquilo, te podías quedar a dormir en una banqueta; hoy en día inténtalo y ya no amaneces vivo. Y es por todo lo que se está viendo en todas partes. Yo a veces veo a los jóvenes drogándose en la calle y aunque tengo los 120 años²⁶ que tengo, nunca le he dado una fumada a un cigarro y no pienso darle, no hay necesidad (El Paletero, vendedor ambulante).

Iván, por otro lado, dice:

²⁵ El Paletero vivía en San Fernando, Cuajimalpa; sin embargo su estado natal es Guanajuato.

²⁶ Así como rehusó dar su nombre, tampoco quiso dar ningún otro dato, como el de su edad. En la conversación bromeamos con esto, por eso la referencia a una edad irreal.

yo conocí niños -yo tengo 41 años- y ahorita chavillos de 22 que ya están en el reclusorio. Que eran niños de familia, que salían a jugar futbol con nosotros, ya muchos de ellos están en el reclusorio. Se fueron, se va descomponiendo esa sociedad. (Iván, vendedor informal de tacos).

Por otro lado, Marisol también señala esta descomposición con la colusión de la policía con la misma delincuencia.

En el caso de los policías hacían mal su trabajo, ya que actualmente están incluidos en esa delincuencia (Marisol, vendedora de una tienda departamental).

Sobre la violencia y el miedo a ésta, Gabriela García Gorbea y Carmen Icazuriaga Montes, ambas Maestras en antropología, y esta última Dra. Geografía Humana, señalan que se convierten en elementos claves para las experiencias cotidianas. En su estudio, centrado en la movilidad cotidiana de mujeres jóvenes en la Ciudad de México, apuntan que “la constante falta de seguridad en los espacios públicos tiene un impacto en las decisiones que toman las mujeres (Viswanath, 2018)” (2023: 105)²⁷. Más impactante es cuando escriben:

El miedo lo impregna todo, acecha como una amenaza constante no sólo a la movilidad, sino al bienestar general de las mujeres, al reducir su espacio de vida y afectar su relación con la ciudad (Maldonado, 2005). Hablar del sentimiento o percepción de la seguridad es relevante porque, aun cuando es posible que las mujeres no sufran episodios o incidentes de violencia en el día a día, el miedo a éstos sí las acompaña en lo cotidiano. (*ídem*).

Se reconoce la asimetría en las formas, sentires y, por tanto, sentidos que el género configura en el desplazamiento. Como dicen estas autoras: “El miedo que tienen las mujeres y las experiencias diferenciadas de desplazamientos respecto de los hombres son muestras de que las movilidades son prácticas sociales no neutrales (Jirón, Carrasco y Rebolledo, 2020)”. En consecuencia,

el movimiento debe entenderse como una fuente de estatus, de poder, en el que inciden factores que llevan a que algunos se muevan, mientras otros se quedan inmóviles. La seguridad y los miedos diferenciados son ejemplos de los factores que propician o limitan la movilidad de las mujeres, aunque en distintos grados. (*ídem*).

²⁷ Un estudio también dedicado al miedo de las mujeres a la violencia en esta misma ciudad es el de Paula Soto Villagrán, hace poco más de diez años. En su escrito apunta: De acuerdo a la observación y a lo planteado por las mujeres participantes, el miedo es profundamente espacial y aparece vinculado a dos procesos: como una localización específica, pero al mismo tiempo desde un punto de vista relacional como una posición (2012: 154)

Se remarca la construcción de este imaginario que, de cierta manera, “proscribe” a las mujeres de lo que fuera su espacio.

Los medios de comunicación, las autoridades, las experiencias cotidianas y el propio espacio urbano alimentan y refuerzan los imaginarios de las mujeres, generando la imagen de una ciudad peligrosa y hostil para ellas, lo que a su vez permite y proscribire de manera implícita ciertas acciones. (*ibíd.*: 108).

Y en efecto, esta violencia provocadora de miedo proscribire, rechaza, como ocurre con la experiencia de Marisol.

A manera de experiencia corporeizada, el miedo reproduce las relaciones espaciales existentes, y el temor a las agresiones sexuales es un aspecto central para la forma en que las mujeres se relacionan con la ciudad y con los otros (Soto, 2015). Al indagar sobre sus peores miedos al momento de salir a la calle, mencionaron a la violación, los manoseos, la desaparición y el feminicidio. Así, los temores centrales son los relacionados con el cuerpo y las violencias que sobre éste pueden ejercerse. (*ibíd.*: 111).

4.6. Antes había más árboles. Había luciérnagas. Ahorita ya no

Como se había mencionado anteriormente, la memoria tiene un valor sustancial para la construcción afectiva y la significación de los *lugares*. Así, podemos encontrar en todas las narraciones uno o varios recuerdos agradables relacionados a cada uno de los lugares de residencia. La mayoría, sin embargo, estaban ubicados en la infancia. Podríamos decir, así, que la mayor carga afectiva entre el sujeto y el lugar, nace y se enriquece en esta etapa etaria de su vida. Esto se puede llegar a constatar con los mismos relatos, donde se menciona que entre más edad va teniendo uno -y por ende más responsabilidades-, su relación con el lugar se reduce, incluso llegando a atomizarse en el hogar, la casa y la familia. Marisol cuenta, reiterando el valor que le da al poder salir de forma segura, sin ninguna amenaza, que uno de sus recuerdos más preciados es haber podido salir al mercado con su mamá:

Cuando podía, no sé, salir con mi mamá a los mercados o a cualquier otro lado. Eran como que momentos bonitos.

Rosa y Miguel se abocan más a los juegos, a las salidas a la calle para jugar con

sus vecinos:

pues de niña pues salía a jugar con mis vecinos... canicas, de todo un poco. También tazos. (Rosa, vendedora de una tienda de helados)

Jugábamos en bicicletas, o futbol, hockey, cosas así. [...] Rompíamos ventanas, con los discos y los balones [...] La [historia] más épica entre nosotros, [fue] cuando en las bicis nos fracturamos las muñecas los que nos juntábamos; éramos tres. (Miguel, vendedor de telcel).

Karla nos comenta, al igual que Rosa y Miguel sus recuerdos de infancia con la calle, con los vecinos:

en la niñez podía salir, jugar y demás. En la adolescencia, todavía; pero ya no con tanta libertad. Y a lo mejor ahora ya un poquito menos. [Escondidas, quemados, encantados, atrapados. Todo eso. Canicas]. En la adolescencia, pues, tal vez ya no jugar tanto, pero pues sí salir de fiesta, conocer amigos. [...] Nos reuníamos regularmente aquí en la plaza de Santa Fe. Nos reuníamos también en los parques. Es que hay varios parques. Está también lo que es el Teatro de la juventud. Ahí también nos reuníamos. En la plaza del Cinemex. Este... lo que es el mercado de Tacubaya. [...] Es como mi zona. O sea, lo más que llevo es Tacubaya y de Tacubaya a Santa Fe. [...] Sí, de infancia tengo muchos (recuerdos bonitos). De andar en patineta, andar en bicicleta, cuando nos reuníamos todos. Salíamos los vecinos a jugar Una vez en la noche que hacía muchísimo frío hicimos globos de agua y nos aventábamos globos de agua. Y todo eso pues literal fuera de mi casa. Como es la única calle así como la más cerrada y que es menos transitada, pues tenías todo el espacio para jugar en la calle. Ahorita pues ya hay muchos carros. Entonces ya no puedes tener como tanta libertad para salir. [...] Antes nosotros podíamos salir a la calle y jugar y no pasaban carros, porque, te digo, es la última calle. Pero ahora si sales, constantemente van entrando y saliendo de los que vienen del trabajo, y los que pasan para repartir que comida, y cosas así. Entonces, si tú dejas a un niño afuera, le tienes que poner más atención, precisamente porque están constantemente pasando gente, a diferencias de antes. (Karla, oftalmóloga de una tienda departamental de lentes).

Por otra parte, la experiencia de Karla acarrea otro cúmulo de recuerdos, una convivencia pasada con un espacio-naturaleza que, dada la carga significativa que expresa, puede llegar a constituirse como lugar-naturaleza, si se nos permite aquí proponer esta relación.

anteriormente hay una parte, ehm, y eso sí no te lo dije: antes, donde están construyendo el tren [México-Toluca], cuando yo era niña, en la parte principal, en donde están una de las estaciones, había caballos. Los enseñaban para llevarlos a concursar, los militares. Posteriormente, conforme fue pasando el tiempo, pues ya, dejaron de haber caballerizas. Ahorita ya no hay. Bueno, al menos ya no he visto. Y eso era padre porque nos dejaban ir a ver los caballos y a jugar con los caballos [...] Cuando estaban montando tú podías ir a ver, y no tenías que pagar ni nada. Entrabas así normal, y era algo padre.

Yo por lo que viví fue diferente. Te digo, lo de los caballos, pues ya no lo van a ver [mis hijos]. Y era algo muy bonito. Antes había más árboles. Había luciérnagas. Ahorita ya no. Nosotros íbamos a jugar a las cuevas. [...] Había cuevas. Ah, es que, cómo te explico. Es atrás literal de Constituyentes. Es como una zona de gobierno, residencial, no sé; pero son puros cerros con árboles, y había cuevas. Entonces nosotros bajábamos e íbamos hacia las cuevas. Esa zona se llama Belén de las Flores; pero no sé cómo se llama la colonia. Y ahí hay cuevas. Muchísimos árboles. (Karla, oftalmóloga de una tienda departamental de lentes).

Se habla, pues, de una pérdida de lugares significativos, lugares que lograron construir un vínculo más fuerte, lleno de memoria y afecto, que hoy sólo quedan como eso, memoria y recuerdo. Asimismo, la pérdida de la naturaleza aboca lo que ya se había hablado con Lefebvre y Ortega y Gasset: la marginación y el detrimento del espacio natural en favor de la “modernidad”, de la ciudad, de la zona industrial, con sus vías de comunicación, sus edificios, etc.

Esto también lo expresa de forma significativa El Paletero en relación a su deporte favorito y los campos donde lo llegó a practicar.

Lo que jugué fue béisbol. Juega mucha gente en México, pero lo que pasa es que no hay, no hay campos para jugar béisbol. Los campos para jugar béisbol necesitan ser amplios, amplios porque vuela la pelota. Entonces este, había unos campos aquí en la deportiva, no sé si sepas, es aquí a un lado de este, de la línea del metro Chabacano. Por ahí está la deportiva. Pues nosotros jugábamos en campos que había por la subida. Aquí en Santa Fe había campos para béisbol y para fútbol. Aquí donde vivo, a un ladito había campos de fútbol y béisbol. Había, ya no. Todos los campos de béisbol ya no existen. Ya no se puede. No, es que, en primer lugar, siempre han sido terrenos privados, siempre han sido zona federales que luego ya tienen dueño, entonces, en veces te rentan, nos rentan el terreno para los campos; pero ya se los quitan porque los venden o ya de plano necesitan. Entonces por eso no duran. Ahorita ya son edificios. Sí, están donde jugábamos. Es un club de golf e hicieron edificios. Entonces pues se acaba todo. No puedes seguir tu deporte por qué, porque para ir más lejos, pues en primer lugar está lejos, y pues mejor lo dejas. [...] Aquí dejamos de jugar, fue como en el 84 (El Paletero, vendedor ambulante de helados).

4.7. Ese sonido, aunque quieras o no, sí te mueve y lo extrañas

Hemos visto la presentación del lugar, lo que poco a poco brota entre el discurso que rescata la memoria y la expresión primera sobre el lugar de residencia. Lo que

interesa ahora es enunciar la relación de apego y desapego de los sujetos con su lugar de origen. Esta relación, sin embargo, no puede ignorar el hecho de que se involucran otros lugares, que hacen que el lugar de origen comience a ser desplazado.

Como se mencionó en el apartado anterior, es en la infancia, en la niñez, cuando el lugar de residencia adquiere mayor valor. El núcleo de la carga significativa puede encontrarse ahí, al menos la que apela al afecto, al agrado respecto al lugar; en otras palabras, el cariño. Después de la niñez, las diferentes responsabilidades, tanto educativas como laborales, despegan al sujeto de su lugar de origen; acude a nuevos espacios que también los hará propios, les dotará de nuevas historias y afectividades. Esos otros espacios devenidos lugares ocuparán ahora su tiempo y su vida. La historia de los sujetos ya no estará centrada en su lugar de residencia; incluso se podría correr la suerte de que la relación sujeto-lugar quede en entredicho.

Yo estudié en Voca 4. Entonces me llevé más mi adolescencia a Constituyentes. En el parque de Constituyentes. Salir con mis compañeros. Estar ahí un rato. Perder clases. [...] En la etapa adulta ya no salgo como antes; y si salgo ya sería pues viajar, ya no estar en mi casa. Recuerdos bonitos, pues que tengo mis hijos, que igual venimos aquí a Kidzania y nos la pasamos super bien. (Karla, oftalmóloga de una tienda departamental de lentes).

Ya, la escuela, luego el trabajo. A los 19; empiezo a trabajar a los 19. Tiempo completo, ya no estoy en mi casa más que para dormir. Ya no hay esa convivencia con el espacio, como cuando era niño. [...] En mi secundaria, pues igual, no hay tiempo. Ya este... ya iba en otro turno. En la tarde. Ya ahí fue diferente. Igual, en la mañana no salía porque hacía mi tarea. La tarde a la escuela y pues de regreso a la casa; o con amigos; pero ya no estaba ahí en el espacio [...] ¿Qué veo? Pues tranquilidad porque salgo bien temprano; ya regreso en la noche. Trabajo de lunes a domingo. Tengo un día de descanso a la semana; pero pues no estoy en mi casa. (Miguel, vendedor de telcel).

Sólo la tradición, en algunos casos, mantiene esta relación. Acudir al encuentro con los otros y con aquel lugar en el que se crearon historias y vida.

hay veces también que se hacen cosas padres, por ejemplo, ahorita que fue lo de navidad, posadas y demás, pues se hace muy bonito [...] las tradiciones, pues sí, se llevan a cabo... (Karla, oftalmóloga de una tienda departamental de lentes).

Pero esto a veces no llega a ser suficientes. La misma Karla expresa su decisión de dejar la colonia Liberales, su lugar de residencia.

Yo no me veo mucho tiempo viviendo aquí. O sea, yo literal lo que quisiera, o sea, y en un tiempo dado, decía yo irme más hacia el Estado. ¿Por qué? Porque hay menos gente ¿por qué? porque está más tranquilo. ¿Por qué? porque hay más seguridad; porque hay más zonas verdes. Yo aquí no podría dejar a mis hijos en las calles y demás, porque está muy inseguro. Y más hacia lo que es el Estado. Me gusta más. Yo literal, aquí, casi salir así al pueblo, pues no, no la aplico. (Karla, oftalmóloga de una tienda departamental de lentes).

El vínculo con el lugar, así, parece quedar sólo en la memoria. Pese a los buenos recuerdos, la postura parece ser la del desprecio, la del rechazo, a ese lugar en el que ahora se vive violencia, inseguridad. Los buenos recuerdos se sustituyen por una nueva forma de vivir en el que nuevos actores delictivos se han hecho del lugar. La opción es dejar atrás aquel lugar. Con Marisol ocurre algo similar, aunque en ella la deliberación de no estar en su lugar de residencia, el Pueblo de Santa Fe, sigue estando motivada por la inseguridad que ha vivido constantemente, por el miedo al acoso. En su caso, comenta los tiempos prolongados que hacía para no llegar al pueblo de Santa Fe.

cuando iba a mi escuela pues sí me iba caminando y trataba de alargar ese tiempo porque no podía tener confianza en Santa Fe. (Marisol, vendedora de una tienda departamental).

Asimismo, después de concluir sus estudios y no ingresar a una universidad, se muestra encerrada, sin alternativas. Lo que muestra ya una marcada desvinculación con su lugar de residencia.

Me siento como que algo encerrada, aislada de todo. A pesar de que no salía mucho, pues sí, me siento como que desesperada en mi caso. (Marisol, vendedora de una tienda departamental).

Esto es interesante si lo ponemos en perspectiva con las nociones heideggerianas. Ya he mencionado mi distancia a ellas, pero esto nuevamente ayuda a ver qué tan errada puede estar esa perspectiva de la noción de habitar.

El lugar destacado que ocupa el sentimiento de pertenencia respecto al territorio dentro del pensamiento de Heidegger, lo conduce a entender "el habitar" como la mediación fundamental entre la vida y la muerte. La tierra —particularizada en los múltiples territorios— es la morada del hombre, por ello "el habitar" forma parte de la esencia humana. La construcción de la vivienda es una consecuencia necesaria de lo anterior, lo esencial no es la construcción de la vivienda, sino el habitar en un territorio. (Lindón, 1996: 234).

El habitar no es la mediación entre la vida y la muerte, sino la mediación entre la

vida y el trabajo. La construcción de la vivienda -cuando eso sea posible, lo que hoy ya es muy difícil- es una consecuencia de ello. Y, en efecto, la construcción de la vivienda no es lo esencial, sino el trabajo que garantiza mantener esa vivienda, lugar que permite la existencia del sujeto y su familia. Habitar significa tener un lugar dónde vivir; aparentemente sólo dormir, cuando las jornadas son de 12 horas y sólo se tiene un día de descanso. Este habitar, por demás, deja de tener sentido con el lugar conforme el sujeto va creciendo. Habitar ya no es un lugar, sino una multiplicidad de lugares; multiplicidad que, sin embargo, depende necesariamente de ese lugar nuclear, de ese nodo donde el sujeto puede tener la certeza de encontrar refugio, comida y seguridad.

Mira, conozco más gente de fuera de San Fernando. Salgo de casa lo más temprano posible, puede ser a las 9:00 y llego a las 9:00 pm. Los que conozco, llego y los saludo. Nada más. No platico.

Una perspectiva más afable con su lugar de residencia, sin embargo, nos la muestra Iván, único que dotó de un gran valor el mínimo elemento de la cotidianidad, como el sonido y la actividad informal de su lugar de residencia. La historia de Iván estuvo marcada por la drogadicción, la irresponsabilidad y la violencia. Esto lo llevó a vivir cinco años en el reclusorio. Tal vez, de ahí el aprecio a su entorno, a la cotidianidad y todo lo que ella engloba. A sentirse, como él dice, agradecido. Cuando se le pregunta sobre si le gustaría vivir en Santa Fe, responde que sí, pero que no podría. Su afecto está en otro lado: el barrio.

Pero también pues vengo de barrio. Entonces hasta a la mejor me aburriría. No sería como que salir y, pues, vamos a la tienda o vamos por un helado. Aquí no hay. Aquí el Oxxo. El Seven. El Tianguis aquí nada de eso. Entonces, pues es bonito, y la gente que tiene la capacidad económica para vivir aquí pues grato por ellos; a mí no me mueve ni me impresiona lo material. A mí. [...] Imagínate dónde te dije que estuve. Entonces si ahí estamos debajo del cero, ahí, si entonces cuando ya estás acá afuera dices: si ya estuve allá adentro y viví en obscuridad, aquí todo es gloria. (Iván, vendedor informal de tacos).

Lo que más le agrada y le genera simpatía son varias cosas, aparentemente muy simples pero muy significativas:

Pues la tienda, el puestecito de las quesadillas, en la esquina los amiguillos platicando. Sí, ¿qué más te puedo decir? Sí, los puestos informales. Que la de los postres. Es otro tipo de situación. Aquí tú vas a salir y no vas a ver más que a

nosotros, que somos informales; pero tú ven un domingo y aquí está muerto, ¿no? Entonces pues no es lo mismo salir al pan. ¿Aquí qué? Pues al Oxxo. O sea no. Es completamente diferente. (Iván, vendedor informal de tacos).

De igual forma, Iván hace notar la relevancia de los sistemas perceptivos, la experiencia de los olores, sonidos, bloqueos de visión, sabores, etc., todos ellos entendidos como elementos que influyen en la percepción que hombres y mujeres tienen sobre sus propios cuerpos y sobre el entorno, así como sobre la construcción de afectos. Dado el valor de esta experiencia, vuelvo nuevamente a citar este fragmento ya antes enunciado:

El sonido, sí. La vista. O sea, aquí ves por ejemplo de todo pero en cuestiones de la gente, allá hasta veo niños jugando en la calle y con el balón. El sonido, como dices, allá está gritando el del gas, ya está gritando el del fierro viejo. Pos aquí nada más hay camiones o carros que estén pasando. Ese sonido pues también aunque quieras o no sí te mueve y lo extrañas. Yo sí lo extrañaba. Allá dentro decía: no mames, no oigo el del gas, o al de los tamales oaxaqueños, ¿no? Así es. (Iván, vendedor informal de tacos).

4.8. La gente acá más calmada, más mamona; allá más chévere, más chidos, pero también más agresivos

Hasta ahora no se ha presentado una relación entre aquel lugar y aquel otro, Santa Fe. En este apartado se irán descubriendo, tal como la tierra por obra del azadón, estos resquicios de interrelación. Esto será paulatino. Se nombran, así, los contrastes, y el cómo cada sujeto pudiese expresar esta diferencia y su relación.

La gente del pueblo de Santa Fe arma como que sus grupitos. Tanto en la delincuencia como en, no sé, en tratar de defenderse. Tan sólo en las calles, o sea, ya hacen como que grupo de que cualquier cosa o cualquier persona que pase nueva que no conozcamos, sobre esa persona. No se me hace justo [Es algo como de] unos contra otros. [...] Es como más... como más competitivo. Es más como que cada quién agarra su pedacito. Es más riesgoso y peligroso; y se va perdiendo ese tipo de educación, esa confianza. Honestidad, tal vez. (Marisol, vendedora de una tienda departamental).

Sobre el enclave corporativo y comercial de Santa Fe, por otro lado, Marisol señala que es algo más de un nivel económico mayor: "siento que es como un tipo gama alta". Lugar en el que, además, ha aprendido: "[una] diferencia siento que es el aprendizaje que estoy

teniendo aquí y que tuve allá en el pueblo de Santa Fe. En el valorar las cosas. No sé, tener más sinónimos de cualquier cosa. Verlas por el otro lado del lenguaje”. Esto es muy similar a lo que señala Miguel:

[De aquí, Santa Fe], lo que más me agrada es que conocí muchas cosas, probé comidas nuevas. Lo que menos me desagrada es el caoticismo, no sé, el gentío, el tráfico. De allá [la colonia Morelos], pues me enseñó a no dejarme. Siempre estar acá Aprendes más cosas, bien vulgares, pero son cosas que al fin y al cabo aprendes. Pues acá, más categoría. Sé diferenciar cosas, conozco cosas. Un repertorio más profesional. Y allá, pues más barrio, más pa que sepas de la vida, realmente cómo es. No siempre estar encerrado ahí en el lugar donde vives. (Miguel, vendedor de Telcel).

Karla enuncia otras diferencias, tanto del movimiento del cuerpo, así como en la relaciones entre la gente de Santa Fe que tiene mayor poder adquisitivo, lo que devela un mayor capital económico e, incluso, social:

Sí, tengo amistades que dices, o sea: *yo no haría esto como...* no sé... no sé. Tal vez la forma de hablar. Ajá. Pues dices, pues sí, el ñero, o sea, así, raro, no lo aplico, que sí es diferente en cómo hablan allá, como hablan acá, o cómo hablo yo. Entonces sí es ahí como de que no encajo. De que dicen palabras muy raras, que a veces dices: *¿y eso qué es?*”

Este... habla, sí, palabras raras. Este... Modismos tal vez que han ido adquiriendo. Ahorita no recuerdo alguna palabra que mencionen, pero sí, mencionan luego palabras extrañas. Por ejemplo, eso de *morro*, y cosas así, yo no la aplicaba; pero conforme me fui juntando con ellos como que ya me quedó de repente. O sea, sí, ese tipo de palabras que luego utilizan. Entonces a veces estoy luego platicando con ellos, fuera de aquí, y es así como de... usan cosas raras y modismos raros.

[En Santa Fe] pues es que yo creo que económicamente es diferente. O sea, la gente que viene aquí es de más dinero y allá no tanto. [...] La gente de aquí se relaciona como un poco más educada, y en el pueblo no tanto. Incluso en el pueblo pueden ser un poco más groseros. Y aquí si tú sales y dices: *perdí mi cartera*, te ayudan. Y si haces lo mismo en el pueblo de Santa Fe, no. Y el tipo de gente aquí es un poquito más noble, tal vez. No tan maleada. No conocen muchas veces tanto lo que hay afuera. O sea, hay luego gente aquí que viene a pedir dinero diciendo que les pasó lo peor, cuando te los ves a cada rato. Y la gente confía, y no saben lo que realmente son. También tiene un mayor poder adquisitivo; y eso también los hace sentirse más poderosos.²⁸

²⁸ Sobre esto Karla comenta la experiencia de despotismo y discriminación que ha llegado a vivir y presenciar: “decir que por mí comes y demás; eres un muerto de hambre y eso. O sea, desde ahí va la discriminación. Y de hecho, también, por ejemplo, mis compañeros son más grandes que yo, tienen más experiencia por verlos más grandes que yo. Entonces también desde ahí, pues no confían tanto en tu trabajo, y no confían tanto en lo que estudias a pesar que sea la única licenciada en optometría dentro de mi área. Entonces sí como que a veces tienes que mostrar con conocimientos

La diferencia también por ejemplo en las mascotas. Aquí las traen hasta en carreola. En el pueblo de Santa Fe no. Toda la gente viene con transporte propio; de este lado usan camión. De este lado tienen más estudios, han viajado, han conocido; en el pueblo de Santa Fe no. Sí, son varias cosas. Igual la vestimenta, la forma de caminar.

Es diferente. Es totalmente diferente. Aquí eres más servicial. De hecho cambia totalmente todo. El cómo te diriges a las personas y demás. Y cuestión pues ya en donde vivo y demás, pues no es así. Es como diferente la forma de ser, más que nada porque estás trabajando y es servicio; pero yo creo que si estuviera en un modo relajado de venir a pasear y demás, pues me comportaría igual aquí que de por donde vivo. (Karla, oftalmóloga de una tienda departamental de lentes).

La enunciación de la educación entendida como modales es algo que también es señalado como propio de la gente de Santa Fe: “la educación, no sé, el respeto. Sí, es la educación; lo generalizaría en la educación (Marisol, vendedora de una tienda departamental). Miguel, en cambio, también dice lo siguiente:

Te digo que parte de mi mamá. Sí, viví como un año. Estaba cerca de la delegación Venustiano Carranza. Por donde está el metro Morelos, ahí. [...]“Yo me fui a vivir solo allá. Este, porque fui a ayudar a una tía. Estaba embarazada y la fui ayudar. Y ya después tuvo al bebé y me quedé más tiempo ahí. Ya me había como que acostumbrado. Y sí, no me gusta, pero pues como es pues igual el barrio, este, no había el caos de las avenidas. A menos que saliéramos más lejos de ahí. La zona de mi casa [Coahuila, Cuajimalpa, muy cerca del enclave de Santa Fe] pues más *fresona*, más vigilancia, portones. Eh, no sé, carros. Eh, allá, barrio, transporte público, la vigilancia pues peligroso; la gente, diferente. La gente acá más calmada, por decir más mamona; allá más chévere, más chidos, pero también más este más agresivos, más de a la defensiva. Sí, el ambiente es más agresivo, así pues, tú, como todos están a la defensiva, pues tú también estás a la defensiva [...] a las vivas.

Ya cuando estás allá, el tiempo, como ya te conocen, pues ya, también. O sea, sí estás más agresivo, referente a que pues todos acá, si te ven con la cabeza agachada pues te agarran de bajada; pero pues no. Una vez que te acostumbras ya no te sientes en peligro. Igual saludas a todo mundo.

El saludo acá es: buenas tardes o buen día, cómo está. Allá pues: qué transa, banda. Qué pedo. Yo me acoplo a los dos. Te digo, mi papá es de una familia totalmente diferente a mi mamá. Mi papá pues era de familia de dinero; mi mamá es del barrio, o sea. Y me gustan esos contrastes. (Miguel, vendedor de Telcel).

Sobre la relación con esos espacios, al abordar si lleva algo de Santa Fe a Morelos y viceversa, Miguel contesta que es difícil, sino imposible:

No, pues no se puede. No se puede. Tienes que ser, con los que son barrio, pues

lo que no puedes demostrar así diciendo no más” (Karla, oftalmóloga de una tienda departamental de lentes).

barrio. No puedes llegar acá y decirle a una persona que te dice qué tal, buena tarde, qué transa, carnal. Pues qué pedo. Pues allá abajo no le puedes decir: buena tarde. Te van a agarrar de carrilla. Hay que saber con quién. (Miguel, vendedor de Telcel).

4.9. Otro mundo, hermano. O sea, la realidad de las cosas: quién no quisiera vivir aquí en Santa Fe.

Las narrativas vistas pueden ya señalar un *pareo* en el que cada uno de estos sujetos se ha visto suscrito. Son narrativas que crean dos conjuntos disímiles y que, pese a todo, han llegado a encontrarse a partir de la respectiva historia de vida de los sujetos. Hay, sin embargo, tal vez una poca o leve interrelación subjetiva. Es decir, la subjetividad hasta ahora sólo ha permitido formular el *pareo*, pero no se ha visto un mayor desbordamiento de las experiencias vividas en Santa Fe sobre la vida en los lugares de residencia; ni tampoco viceversa... Tal vez en Miguel e Iván, se ha visto mejor este entrecruzamiento en el cual ellos marcan fronteras después de las experiencias espaciales que enuncian. Ambas posturas son *ser del barrio* y *querer al barrio*; o *ser de Santa Fe* y evitar cualquier relación con otro espacio.

Ahora bien, la experiencia de la seguridad/inseguridad y la diferencia económica, sin duda, se constituyen como los elementos fuertes del desplazamiento de casi todas las subjetividades aquí enunciadas. Es a través de la experiencia de la inseguridad en los lugares de residencia y la experiencia opuesta, de seguridad, en Santa Fe, que los sujetos miran ya con recelo al lugar donde viven, con desconfianza e incomodidad. Este lugar que los vio nacer se vuelve indeseado, y al no poder transformarlo, mejorarlo, lo que buscan es alejarse, irse. Marisol, por ejemplo, menciona que, si pudiera, viviría en Santa Fe, aunque encuentra como obstáculo el factor económico:

Si habría la posibilidad de tratar de vivir por acá, pues sí, me cambiaría [...] Sinceramente no creo. La economía, porque aquí sí es un poco más caro, más elevado el precio. (Marisol, vendedora de una tienda departamental).

O como Karla que más arriba ya expresaba su deseo de irse de su colonia: “*Yo no me veo mucho tiempo viviendo aquí.* [...] ¿Por qué? Porque hay menos gente ¿por

qué? porque está más tranquilo. ¿Por qué? porque hay más seguridad; porque hay más zonas verdes”.

Por otro lado, la experiencia espacial, por supuesto, también abarca un contraste sustancial entre el lugar de residencia y Santa Fe:

Naaah, pues es otro mundo, hermano. O sea, la realidad de las cosas: quién no quisiera vivir aquí en Santa Fe. Yo luego sí lo analizo y cuando yo vengo del pueblito de donde vivo, en San Lorenzo Copilco -es un pueblo todavía, está aquí arribita en Cuajimalpa-; salimos del pueblito y pues ahí se ve pues que hay quizá como en todo: pobreza, casas viejas. Llegas aquí y pues ves que edificios corporativos; pues ahuevo que es otro mundo y que, en lo que es visual, cambia; porque hasta tú te sientes diferente, te sientes que es otro mundo [...] Sí, otro mundo. (Iván, vendedor informal de tacos).

Pero pese a este asombro y deseo generalizado de vivir en Santa Fe que expone Iván, éste reflexiona y matiza, como ya se dijo, sobre su pertenencia al barrio:

Realmente ninguna de las dos, en mi persona, porque yo no soy mucho de, yo no tengo... eso sería como una, claramente sería una envidia. Decir: ay, los que viven aquí, qué envidia. Eh, sí está bonito y sí estaría chulo, pero no, no me llama. En realidad ya tuve todo. Hoy día donde vivo, vivo en paz, vivo tranquilo, ¿sí me explico? Entonces... na más sí lo único que sí a veces no pues, sí ves y dices: no pues ahuevo que sí es otro mundo, está chido vivir aquí en Santa Fe.

El llegar aquí, pues lo único que puedes es tratar de ser educado porque hay gente como todo. Pero no, no me da como envidia, o como *ay, quisiera estar aquí o ¿por qué vivo allá?* No, yo donde estoy, pues hoy digo: gracias a dios tengo dónde estar, tendo dónde vivir, un techo. Y veo aquí, y se ve bonito. Y digo: no manches, imagínate que vivieras aquí en un edificio; sales y todo a la mano; zona tranquila. Pero también pues vengo de barrio...²⁹ (Iván, vendedor informal de tacos).

En cuanto a la infraestructura urbana, el contraste que menciona Iván es contundente: edificios corporativos y residenciales contra “casas viejas”; o como señalan también Marisol y Karla:

¿Qué diferencias? Eh, pues, no sé, siento que es más... una zona un poquito más amplia en el aspecto que no está tan guardada. Tan ocultas las calles; amontonadas. (Marisol, vendedora de una tienda departamental).

Pues aquí todo son edificios, departamentos muy grandes. Hay zonas residenciales y demás. Y hacia el pueblo de Santa Fe pues son cosas pequeñas y pues la estructura es más sencilla (Karla, oftalmóloga de una tienda departamental).

²⁹ Aquí la cita ha sido fragmentada; para ubicar su continuación uno se puede remitir a la página 54.

Los grandes edificios, la presencia constante de carros de alta gama y demás son elementos que marcan las primeras impresiones. El Paletero, incluso, menciona que esto llega a ser motivo de atractivo: “A mucha gente le gusta venir a ver los edificios. Inclusive las tiendas nuevas. Tú te das cuenta de una tienda nueva y tiene ofertas, pues vamos a ver, a ver qué compramos” (El Paletero, vendedor ambulante de helados).

Algo interesante que menciona el mismo Paletero es que todos los que llegan a Santa Fe son visitantes:

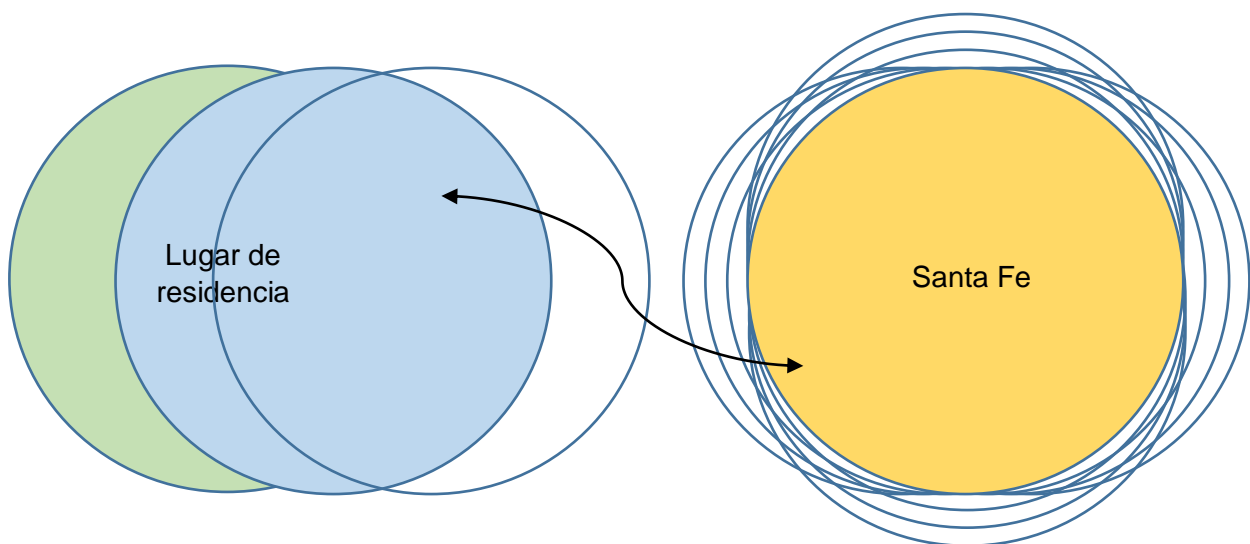
Pues para mí todos somos visitantes. Casi todos. Unos vienen de las colonias de fuera a trabajar por acá en los alrededores. Y es como te digo. Que los amigos que tengo unos me los encuentro aquí otros por allá. Pero yo me siento bien en esta colonia. Problemas problemas con gente no. Y más que nada me gusta mi trabajo. (El Paletero, vendedor ambulante de helados).

Para mí todos son visitantes. Esta expresión tiene algo de revelador: quien visita es un sujeto pasajero, es temporal. El vínculo podrá ceñirse en lo profundo de la memoria y la experiencia de los sujetos; pero no implicará, nunca, una apropiación del espacio y, por tanto, la construcción de lugar. Por otro lado, el enclave comercial se configura así, como un sitio provisional del visitante, y particularmente, del consumidor. Pero entonces, ¿el trabajador también es visitante? Sí y no. Si bien el trabajador, por su estancia, crea un sentido de lugar, por mínimo que sea, también es un visitante, pues ese lugar donde ejerce su trabajo sigue sin ser suyo; en otras palabras, está a merced del despido y el despojo (como en el caso de los trabajadores informales).

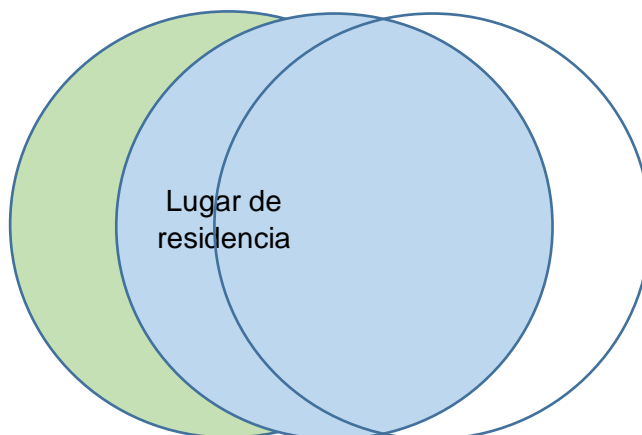
Conclusiones

En este apartado he preferido ilustrar lo que en este último capítulo se ha expuesto a partir de las experiencias espaciales, más que hacer un recuento redundante y tedioso de los conceptos que ya se han discutido con, espero, la suficiente profundidad. Decido así, esquematizar lo que ha significado el lugar de residencia y Santa Fe (como lugar de trabajo) para cada uno de los sujetos. Mostrar que no sólo hay una noción de lugar respecto al primero, sino, en este caso, tres; y que la relación dialéctica entre estos dos conjuntos (lugar de residencia-Santa Fe) influye sobre manera a la creación de este tercer espacio del primer conjunto. Tal vez esto parezca engorroso, y me disculpo si no he podido explicarlo con claridad. También por esto he decidido auxiliarme del siguiente esquema.

De lado izquierdo podemos ubicar el primer conjunto sobre el lugar de residencia. Este conjunto, sin embargo, como se notará, se despliega en tres dimensiones. Más adelante explicaré esto. De lado derecho encontramos el segundo conjunto, el que tiene que ver con el enclave corporativo y comercial de Santa Fe. A diferencia del primero, éste contiene una multiplicidad de dimensiones, aunque ubicadas en la parte trasera de la esfera más notoria. Finalmente tenemos la doble flecha que va de uno a otro conjunto. Ésta representaría el desplazamiento de la subjetividad, de las experiencias vividas en uno y otro lugar.



Bien, expliquemos el primer conjunto.

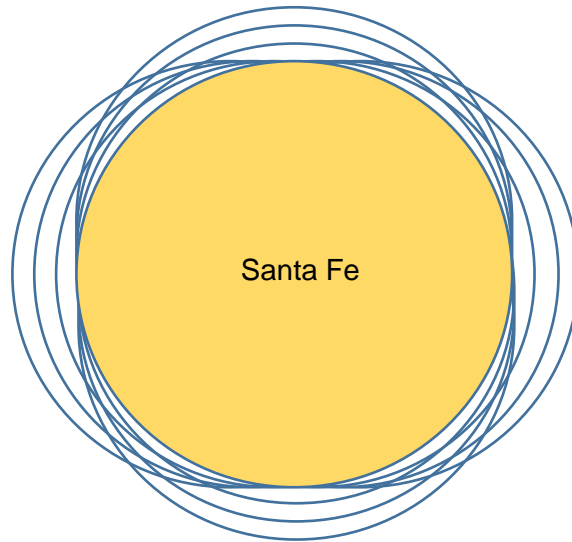


Por un lado, tenemos el círculo central. En este están expresadas todas las vivencias del presente, sobre la definición y relación de los sujetos con su lugar de residencia. Aquí podemos encontrar los sentidos de tranquilidad (remetidos al no tráfico y el ajetreo de las zonas industriales y/o comerciales de la ciudad); también las violencias, el acoso, el miedo. Todas esas experiencias no gratas que vive día a día el sujeto en su lugar de residencia. Asimismo, están sus apreciaciones sobre los elementos mundanos, mínimos, tal vez, que dotan de sentido y agrado, como los sonidos, la vendimia informal, etc. Llamaré a esta dimensión, para este contexto, *el lugar cotidiano*.

Solapado a éste, se haya un círculo verde. Este significa el lugar de residencia que sólo existe en la memoria; es decir, es un lugar que ya ha desaparecido, pero que, en su momento, constituyó un elemento importante para dotar de significado la relación con el lugar de residencia actual. En él podemos encontrar las experiencias de la niñez, el recuerdo de un espacio aún verde, natural, la existencia de grandes campos para jugar al béisbol, o la seguridad que se sentía para salir al mercado con mamá. Todo eso que los sujetos recuerdan sobre su lugar de origen y que, por el tiempo (crecer), por la modificación del mismo espacio, y por la destrucción de la naturaleza en favor de la industria y el capital, hoy ya no están. A esta dimensión la reconoceremos como *lugar de memoria*.

La tercera dimensión es un poco más compleja de explicar, ya que necesita al segundo conjunto; pero adelantamos que es aquí donde el desplazamiento de la

subjetividad es efectivo; en otras palabras, la tercera dimensión del lugar es producto de la relación de la segunda dimensión (*el lugar cotidiano*) y el segundo conjunto. Expliquemos, pues, este último.

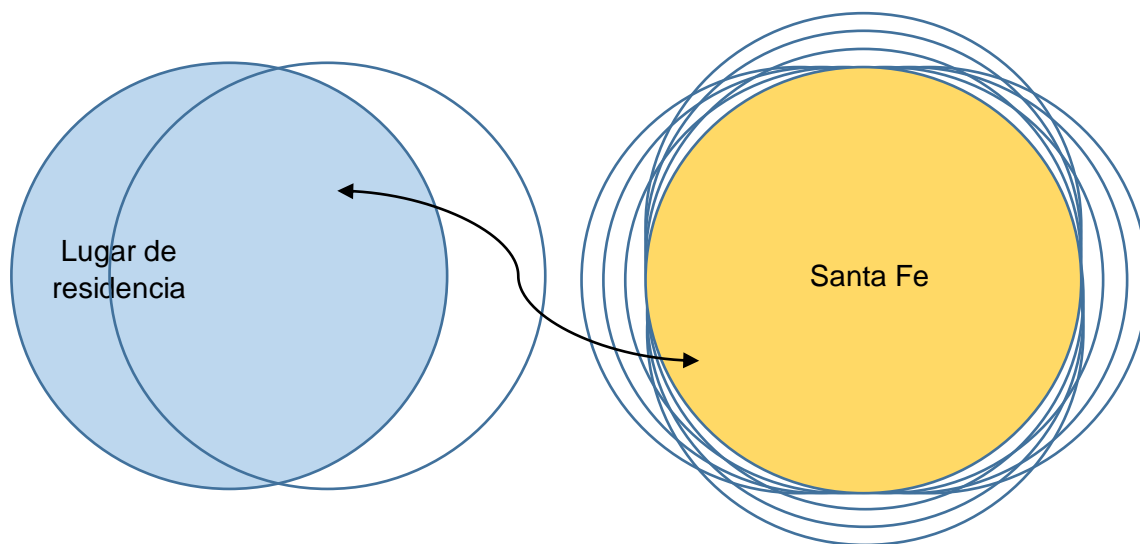


Este conjunto, aparentemente complejo, expresa una cosa muy sencilla. El círculo central, o la dimensión central, llamémosla *lugar receptivo*, implica la relación del sujeto con el lugar de trabajo, en este caso, Santa Fe. Aquí se encuentran las experiencias de asombro, de admiración hacia los grandes edificios, así como las perspectivas sobre la gente de ese lugar y su posición económica. Se encuentran los sentimientos de seguridad, pero también la noción de *no pertenencia*, ya sea por la identificación hacia otro lugar, como el barrio, o por las barreras económicas. Todas estas experiencias, no obstante, no pueden existir, primero, sin el desplazamiento corporal del sujeto y, segundo, sin las experiencias previas con su lugar de origen, así como con otros lugares que estos sujetos hayan tenido en su historia de vida. En otras palabras, la definición experiencial de Santa Fe está mediada por el lugar de residencia, así como de otros lugares. Esto es, producto del desplazamiento subjetivo.

Ahora bien, la existencia de los *otros lugares* de los que aquí hago mención no son sino que las otras relaciones afectivo-espaciales que los sujetos han construido a partir de su relación con otros espacios a lo largo de su vida (la escuela, otra

residencia, el estado natal, otros lugares de trabajo, las colonias o casas de nuestro amigos, familiares, etc.) y que, asimismo, indudablemente, influyen en la construcción de sentido de otros lugares. En este caso, la definición experiencial de Santa Fe no podría ser definida sólo por el lugar de residencia; afirmar esto sería ignorar la complejidad de los procesos significantes y constitutivos de la misma subjetividad y la experiencia relacional entre sujetos y espacios. Es por esto que he decidido representar a esos *otros lugares* con una serie de *vesica piscis*, es decir, varios círculos entrecruzados, detrás del *lugar receptivo*³⁰ que en esta investigación importaba estudiar, pero que, de no ser así, bien pudiese estar en ese grupo de múltiples círculos.

¿Qué pasa ahora con la tercera dimensión del primer conjunto? Para explicarla sólo traeré a nueva cuenta a *el lugar cotidiano* y al *lugar receptivo*.



Aquí el *lugar cotidiano*, como se ha visto, está lleno de un contenido violento e inseguro. Santa Fe, por otro lado, se impone como un lugar privado y seguro. Esto, aunado a las diversas experiencias de los sujetos con *otros lugares* de su historia

³⁰ El lugar receptivo funge aquí como un *significante vacío* (influencia de Ernesto Laclau), que en este caso ocupa el lugar de Santa Fe, pero que, para futuras investigaciones, podría ser ocupado por la Escuela N, el instituto N, la Plaza N, la Colonia N, etc. Lo mismo ocurre con el lugar de residencia. En esta investigación, por ejemplo, los lugares de residencia fueron diversos, desde el Pueblo de Santa Fe, hasta San Fernando, San Lorenzo Copilco, Cajalotes, la colonia Liberales, la colonia Coahuila, etc.

de vida, ha llevado a la mayoría de estos sujetos a resignificar su lugar de residencia cotidiano. Ya no es el lugar agradable que podíamos ver y encontrar en su *lugar de memoria*; ahora, en cambio, se vuelve un lugar indeseado.

El sujeto desea abandonarlo, irse, dejarlo. Esto en el peor de los casos. ¿Cómo queda, pues este lugar? En el olvido, en el rechazo, o, en la constitución de un nuevo *lugar de memoria*. Esta es la tercera dimensión: *el lugar (in)deseado*. Indeseado, porque el lugar cotidiano busca dejarse; y deseado, porque al mismo tiempo que ese lugar comienza a ser negado, se comienza la proyección de un lugar distinto, diferente en el que se pueda habitar. Este es el producto de las relaciones espaciales aquí trabajadas.

Referencias

- Baz, M. (2003). La dimensión de lo colectivo: reflexiones en torno a la noción de subjetividad en la psicología. In *Tras las huellas de la subjetividad* (pp. 137–151). UAM-X.
- Corona Berkin, S. (2017). Flujos metodológicos desde el Sur latinoamericano. La zona de la comunicación y las Metodologías Horizontales. *Comunicacion y Sociedad (Mexico)*, 30, 69–106.
- Fernandez Rivas, L. (1999). Subjetividad y psicoanálisis: La presencia del otro en la construcción subjetiva. In *Caleidoscopio de subjetividades. Cuadernos del TIPI 8* (2a ed.). UAM-X.
- García, M. I. (1976). El espacio de la subjetividad. In *Espacio y poder. El espacio en la reflexión de Michel Foucault* (Issue 1981, pp. 91–116). Colección Teoría y Análisis, UAM-X.
- García Gorbea, Gabriela Icazuriaga Montes, C. (2023). Estrategias digitales para la movilidad cotidiana de mujeres jóvenes en la Ciudad de México. *Encartes*, 5(10), 97–124.
- Isaza Kranz, C., & Páez Vanegas, C. (2021). Esto no es un mapa. La percepción del espacio. *Cuadernos Del Centro de Estudios de Diseño y Comunicación*, 129, 137–146
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Lezama, J. L. (2013). *Teoría social, espacio y ciudad*. COLMEX.
- Lindón, A., & Hiernaux, D. (2016). *Tratado de geografía humana*. Anthropos/ UAM-I.
- Lindón, A., Hiernaux Nicolas, D., & Berdoulay, V. (2012). *Geografías de lo imaginario*. Anthropos/ UAM-I.
- Lindón, A. (1996). El espacio y el territorio: contexto de significado en las obras de Simmel, Heidegger y Ortega y Gasset. *Estudio Sociologicos*, 4(40), 227–239.

- Lindón, A. (2006). La espacialidad de la vida cotidiana: hologramas socio-territoriales de la cotidianidad urbana. In J. Nogué & J. Romero (Eds.), *Las otras geografías* (pp. 225–245). Tirant.
- Lindón, A. (2006a). Territorialidad y género: una aproximación desde la subjetividad espacial. In P. Ramírez Kuri & M. Á. Aguilar Díaz (Eds.), *Pensar y habitar la ciudad: afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo* (pp. 13–33). Anthropos/ UAM-I.
- Lindón, A. (2009). La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento. *Revista Latinoamericana de Estudios Sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 1, 6–20.
- Lindón, A. (2016). Geografías de la vida cotidiana. En A. Lindón & D. Hiernaux (Eds.), *Tratado de geografía humana*. Anthropos/ UAM-I.
- Lindón, A. (2020). *La periferia: fragmentos inestables de la ciudad vivida.pdf* (No. 2; 25).
- Massey, D. (2005). La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones. En L. Arfuch (Ed.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. (pp. 101–127). Paidós.
- Moreno Camacho, M. A. (2021). Una autoetnografía crítica de la psicología: la experiencia de Ian Parker. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 12(1), 371–376.
- Moreno Carranco, M. (2015). *Geografías en construcción: El megaproyecto de Santa Fe en la ciudad de México*. UAM-C.
- Montero, M. (2004). Relaciones entre psicología social comunitaria, psicología crítica y psicología de la liberación: una respuesta latinoamericana. *Psyche*, 13(2), 1–28.
- Reyes, J. (2022). Cuerpa-territorio y sensorialidad: una nueva forma de comprender el espacio. *Memoria*, 14(26), 206–234.
- Rodríguez Muñoz, J. M. (2005). El lenguaje de los espacios: interpretación en términos de educación. *Teoría Educativa*, 17, 209–226.

- Sabido Ramos, O. A. (2022). Sociología y epistemologías feministas. objetividad(es), emociones y pedagogía encarnada. *Revista de Estudios de Género: La Ventana*, 56, 106–140.
- Sanchez Carballo, A., Noda Ramírez, E. J., & Rodriguez Martínez, A. (2020). Relaciones sociales en el espacio urbano en el Pueblo de Santa Fe, Ciudad de Mexico. *Athenea Digital*, 20(1), 1–31.
- Shoshan, N. (2015). Las temporalidades de la crisis en Santa Fe, Distrito Federal. *Sociológica*, 30(84), 9–38.
- Soto Villagrán, P. (2012). El miedo de las mujeres a la violencia en la Ciudad de México. Una cuestión de justicia espacial. *Revista INVI*, 27(75), 145–169.
- Soto Villagrán, P. (2017). Diferencias de género en la movilidad urbana. Las experiencias de viaje de mujeres en el Metro de la Ciudad de México. *Revista Transporte y Territorio*, 16, 127–146.
- Vasilachis de Gialdino, I., Ameigeiras, A. R., Chernobilsky, L. B., Béliveau Giménez, V., Mallimaci, F., Mendizábal, N., Neiman, G., Quaranta, G., & Soneira, A. J. (2006). *Estrategias de investigación cualitativa*. Gedisa.
- Vidal Moranta, T., & Pol Urrútia, E. (2005). La apropiación del espacio: Una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares. *Anuario de Psicología*, 36(3), 281–297.
- Yory, C. M., & Hiernaux, D. (2017). La pregunta por el lugar como pregunta histórica. En *Lugar y territorio: Una aproximación multidimensional a la noción de espacio habitado para pensar y habitar la ciudad del siglo XXI a partir del concepto de topofilia* (1st ed., pp. 73–81). Universidad Piloto.
- Yory, C. M., & Hiernaux, D. (2017). Mapas y territorios en tiempos de globalización: Una aproximación desde las relaciones entre historia y geografía. En *Lugar y territorio: Una aproximación multidimensional a la noción de espacio habitado para pensar y habitar la ciudad del siglo XXI a partir del concepto de topofilia* (1st ed., pp. 81–92). Universidad Piloto.